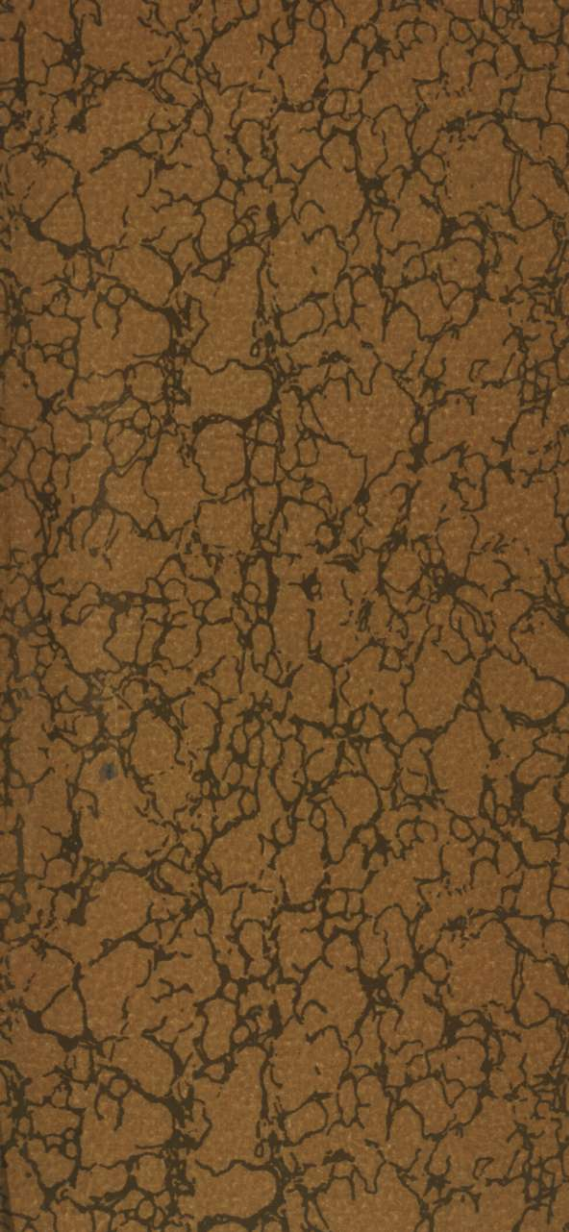


THE
S
OF
MA







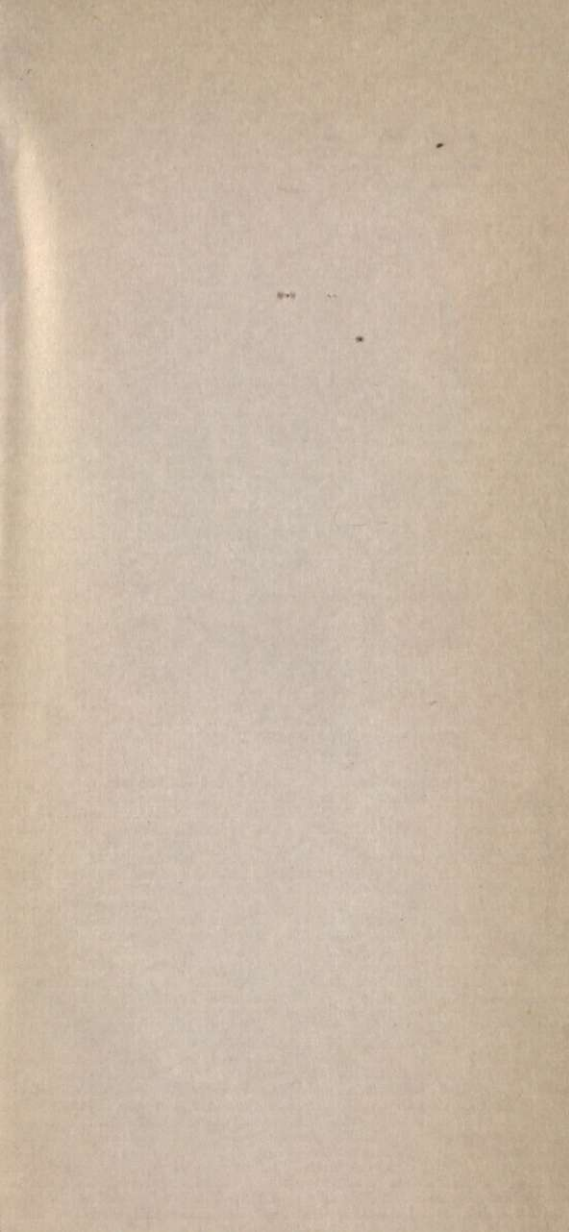
1
C
592

1200

~~ANT.~~

XIX

154





R. 8058

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA
VOLUMEN DÉCIMO



El
Procurador Verbabuena

(REVERSO DE UNA MEDALLA)



Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. — M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA. — *Oro oculto*, novela.
- II. — VITAL AZA. — *Bagatelas*, poesías.
- III. — ALFONSO PÉREZ NIEVA. — *Ágata*, novela.
- IV. — NILO MARÍA FABRA. — *Presente y futuro*.
Nuevos cuentos.
- V. — FEDERICO URRECHA. — *Agua pasada*.
(Cuentos, bocetos y semblanzas).
- VI. — EMILIA PARDO BAZÁN. — *El Tesoro de Gastón*, novela.
- VII. — M. MORERA Y GALICIA. — *Poesías*.
- VIII y IX. — ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tomos I y II.
- X. — CONDE DE LAS NAVAS. — *El Procurador Yerbabuena*, novela.

EN PREPARACIÓN

- ANTONIO DE VALBUENA. — *Santificar las fiestas*, cuentos.
- CARLOS FRONTAURA. — *El cura, el maestro y el alcalde*.
- MIGUEL RAMOS CARRIÓN. — *Zarzamora*, novela.
- ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.
— *Cuadros de la fantasía y de la vida real*.
Tomo III.

Y OTROS DE

- ALTAMIRA (RAFAEL).
AZA (VITAL).
BECERRO DE BENGOA (RICARDO).
MARINA (JUAN).
OLLER (NARCISO).
THEBUSSEM (DR.)
VALERA (JUAN), ETC., ETC.

OBRAS

DE

Juan Gualberto López-Valdemoro y de Quesada

CONDE DE LAS NAVAS

MADRID: Felipe V, 2, pral. izq.

Ptas.

- 1.^a — LA DOCENA DEL FRAILE. — Doce cuentos y una historia que lo parece. Con un prólogo de D. Carlos Frontaura. Madrid.—Hernando, 1886, 8.º, xv-230 págs. —Tirada de 1,000 ejemplares. 2
- 2.^a — ¡UN INFELIZ! (retrato al daguerreotipo).—Novela —Madrid.—F. García Herre- ro, 1887, 8.º mayor, 354 págs.—Tirada de 500 ejemplares. 3
- 3.^a — COSAS DE ESPAÑA, *Espinosa* (D. Ma-
nuel R. Zarco del Valle) y *Quesada* (El
Conde de las Navas).—Sevilla.—Enrique
Rasco. MDCCCXCII, 8.º, 117 págs.—Tirada
de 250 ejemplares, papel de hilo. (AGO-
TADA). 6
- EN COLABORACIÓN {
ÍNDICE: Al lector. — Máscara de los artifices de
la platería de México (1621). — Entrevista de Carlos I
y Francisco I (1538). — La fuerza en España. — La des-
treza en España. — Don Josef Daza y su arte del toreo.
— Los bufones en España. — *El tropezón de la risa*.
- 4.^a — HOMENAJE Á CRISTÓBAL COLÓN...
por cuenta y á costa ajena. D. Fernando
Colón. ¿Hijo natural ó legítimo? (Polémi-
ca).—Madrid, MDCCCXCIII.—(Imprenta de
Manuel G. Hernández). Folleto en 4.º,
26 págs. y colofón.—Tirada de 75 ejempla-
res numerados. (No se puso á la venta).
(AGOTADA). Reimpreso en *Cosas de Es-
paña* (2.ª serie).
- 5.^a — CHAVALA. (Historia disfrazada de
novela). — Sevilla. — Enrique Rasco. —
MDCCCXCIII, 8.º francés. — 254 págs.—Tira-
da de 400 ejemplares numerados: de ellos,
12 en papel de hilo. (AGOTADA). 3



- 6.^a—LA MEDIA DOCENA.—Cuentos y fábulas para niños.—Madrid. Viuda de J. Ducazcal, MDCCCXCIV. 4.^o, 85 págs. — Tirada de 313 ejemplares numerados. De éstos, 13 en papel de hilo con dedicatorias impresas.— *Obra declarada de texto.* (AGOTADA).
- 7.^a—LA DECENA (Cuentos y chascarrillos). — Madrid. Hijos de Ducazcal, MDCCCXCV. 4.^o, 117 págs., + 1 de colofón.— Tirada de 300 ejemplares. 2
- 8.^a—COSAS DE ESPAÑA (2.^a serie). — Madrid. Hijos de Ducazcal, MDCCCXCV, 8.^o, 151 págs., + 2 de índice y colofón.—Tirada de 250 ejemplares numerados, papel de hilo. 6
- ÍNDICE: El tabaco.—Juan de la Cosa y su Mapamundi. — La Nochebuena.—Don Fernando Colón (Apuntes biográficos).—Homenaje a Cristóbal Colón... por cuenta y á costa ajena.—Estatuas.—La pelota.—El Robinsón español.
- 9.^a—CUEENTOS Y CHASCARRILLOS AN-
{
EN COLABORACION
DALUCES tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica, por *Fulano, Zutano, Mengano y Perengano*. — Madrid. Libreria de Fernando Fe, 1896. (Est. tip. de Ricardo Fe...), 8.^o francés, xxi-271 págs. de texto é índice.—Tirada de 2,000 ejemplares. 3
- 10.—LA NINA ARACELI (Historia que parece cuento).—Barcelona. Antonio López, editor... (A. López Robert, impresor...) 16.^o mayor, 189 págs. de «Obras de Juan Gualberto...» retrato del autor y texto, + 2 de «índice» y «Colección diamante,» tomos publicados. Es el 48 de ésta.
- 11.—LA MEDIA DOCENA.—Cuentos y fábulas para niños. — Madrid, MDCCCXCVII. —Hijos de J. Ducazcal. *Segunda edición.* Obra declarada de texto. Tirada de 2,000 ejemplares. — Papel de lujo. Encuadernado.. . . . 2
- 12.—

17a

El

Procurador Verbabuena

(REVERSO DE UNA MEDALLA)

Novela

POR

EL CONDE DE LAS NAVAS

Ilustraciones de

B. GILI Y ROIG



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

MDCCCXCVII



ES PROPIEDAD



Al Sr. Licenciado

D. José Gestoso y Pérez

Gravina, 27

Sevilla

Querido Pp:

*Con estas líneas te envío EL PROCU-
RADOR YERBABUENA.*

*Salta á la vista, que he intentado bos-
quejar el reverso de aquella medalla de
primer orden y flor de cuño, que lleva por
título: EL CAPITÁN VENENO.*

*El público y tú diréis, si la buena in-
tención disculpa el atrevimiento de tu cari-
ñosísimo amigo,*

JUAN.

Personajes

D.^a TRÁNSITO ESPINO Y NARVÁEZ. *La Contadora.*
EDELMIRA BALLED Y ESQUIVIAS. *Sobrina de*
D. ENRIQUE URDIALES Y ESQUIVIAS. *El Procurador Yerbabuena.*

D. BASILIO GARRIDO HUMANES. *Cura de Torre de Archal.*

AMBROSIO. *Veterinario.*

ISABEL (Beliya). *Criada.*

MARIANO (Manano). *Mozo de labranza.*

BANDOLINA. (Personaje mudo).

EL DOCTOR DUARTE. (id. id.).

EL CONDE DE XIREL. (id. id.).

JULÍN ESPINO Y LÓPEZ. (id. id.).

Coro de niños de la Escuela. Parranda, etc.

*

La escena pasa en Torre de Archal, villa andaluza.

Época actual.



I

Sinfonía

« Dios-te- sal...ve- Reina -y- Ma...dre-
de- mi...seri...cordia... en- este- Va.. lle- de
lá...grimas- mués.. tramos- á-Jesús... Señor-
nues-tro. Amén, amén, ameeén. »

.....
Y apenas si el eco, en las bóvedas de
la viejísima iglesia de Archal, conver-

tida en escuela de primeras letras, acabó de repetir la hermosa plegaria entonada por cuarenta vocecillas chillonas, y sin pizca de devoción, cuando el coro, como enjambre, al que da humazo el castrador, salió á la calle disparado y revuelto.

Aquí, Juaneca, echa la zancadilla á Currito, quien, apercibido, devuelve la broma con un moquete.

Allí, Pepillo el de *La Boticaria*, tira por lo alto el despellejado vade mécum, y, como Higinio le diese en aquel instante un tremendo empujón, la bolsa de la ciencia, en vez de volver á manos de su dueño, cayó al suelo, y de un puntapié de Patricio, fué á parar en mitad del arroyo de alpechín que venía de riada.

Quién, en cuclillas y ojo avizor, para no ser atacado por retaguardia, con el dedo índice se calzaba la alpargata del pie derecho, que se le salía á cada instante, porque la previsión materna se las había comprado holgaditas.

Quién, con dos dedos en la boca, á manera de flauta pagana, chiflaba con más bríos que pita un sereno pidiendo socorro.

Quién, en menos tiempo que el que yo empleo en referirlo, trazaba con un cacho de cisco de retama, en la blanca pared de la casa frontera á la escuela, el perfil de don Jesús, el maestro, que no resultaba, en verdad, muy favorecido por el artista; pero que se parecía al original como casi todos los malos retratos.

Quién, dando con una verdasca en el arroyo, salpicaba á los rezagados de tinta oleosa, y todos gritaban á un tiempo, é iban y venían, recorriendo el camino dos ó tres veces, como los perros, jugando «al toro la lleva,» y repartiéndose punta-piés y *cogotazos*, con detrimento de fondillos, gorras y sombreros.

De pronto, al final de la calle, ni muy larga ni muy ancha (paréntesis, por estar empedrada, de la carretera que atraviesa el pueblo), apareció una pintoresca cabalgata.

Montado en panzuda burra, aparejada á la jerezana y cobijándose bajo inmenso quitasol de color de níspero maduro, venía un señor regordete y de sanísimo aspecto, rayano en dos duros y medio.

A su derecha, bailaba dentro de las

jamugas encajadas sobre el lomo de una jaquilla que hubiera podido entroncar con la de Gonela, una joven flacucha, vestida de color de acelga marchita y con cara



de haberse tragado á la fuerza medio cuartillo de agua de Carabaña.

Mientras que él, pletórico buniato, no se cuidaba poco ni mucho del paso de la burra, que lo tenía largo y castellano, aquélla, carrizo con faldas, taloneaba sin cesar en la vacía barriga de su cabalgadura, clavándole á cada instante en la grupa las puntas del varillaje de una

sombrilla de todos los colores del arco iris.

Cerraba la marcha un arriero, de estúpida é impasible fisonomía, tirando del ronzal de dos poderosos mulos cargados con el equipaje de los viajeros.

Divisar á éstos la partida de granujas que invadía la calle y repararse, agrupándose, como rebaño de ovejas á la vista de un mastín desconocido, fué obra de un instante.

El mismísimo demonio debió de apuntar la idea al oído de Currito, el más osado de la garulla. Señaló el *indino* con el brazo izquierdo extendido hacia los forasteros y, agachándose luego, con la diestra cogió cuatro ó seis de las muchas aceitunas que, por debajo del portalón del molino del conde de Xirel, habían rodado hasta la calle.

Entonces, la tropa se desplegó en guerrilla, é imitando á su jefe, á la voz de ¡fuego! que no se hizo esperar, disparó como un solo hombre sobre la caravana.

El señor de la burra (á quien por ella siento no poder llamar *caballero*), respondió á la descarga con una sonrisa seráfica



y, convirtiendo el quitasol en rodela, siguió avanzando hacia el enemigo.

Pero á la damisela, que no pudo, ó no quiso tomar precauciones, le alcanzó una aceituna entre ceja y ceja. Dió un grito de papagayo y tirándose hacia atrás, al mismo tiempo que abandonaba las riendas, rompió la cinta, respaldo de las jamugas, y vino á tierra, dando una vuelta de campana. Con más presteza que la que pudiera esperarse de sus muchas libras, acudió el señor de la burra, á echar una mano á la joven; pero como la desgracia, á semejanza de los guardias civiles, pocas veces se presenta sin compañera, se torció el aparejo jerezano, y el personaje principal de mi narración, dió en el suelo, de latiguillo, como picador de toros.

Entonces la burra, libre de su pesada carga y barruntando el pesebre, puso música al sainete con un prolongado y monumental rebuzno.





II

¿Se jiso daño su mersé?

Como bandada de gorriones, sobre la que disparan un trabucazo, los muchachos, unos medrosicos y otros regocijados, según el genio y entrañas de cada cual, se dispersaron á derecha é izquierda.

La joven flacucha, que respondía al nombre de Edelmira, sin lesión de nin-

guna especie, se levantó de un brinco y, hecha una víbora, comenzó á gritos, dirigiéndose... á la atmósfera:— ¡Salvajes, infames, canallaas!!... — cuidando mientras de arreglarse el tocado y de sacudirse las faldas, en vez de socorrer á su malparado compañero de viaje, quien, quejándose entre dientes y muy pálido, pugnaba en vano por incorporarse en el suelo.

Por lo que hace al arriero, después de rodear con mucha calma el ronzal al cuello del mulo, se acercó pausadamente al caído y le preguntó con sorna:

—¿Se jiso daño su mersé?

Un relámpago de indignación alumbró los de ordinario mimosos ojillos del interpelado; pero, contra lo que es natural y corriente, á la luz no siguió el trueno. Por el contrario, nuestro hombre, casi sonriéndose, respondió:

—Un poco... pero no es cosa mayor. Creo que me he roto la pierna derecha; que me he dislocado una muñeca, y... y nada más. Y tú, Edelmira, ¿te has lastimado?... ¡Caramba, y cómo me duelen las costillas!

Y aquí, un desmayo, venciendo la en-

tereza del paciente, le dió el aspecto y la inmovilidad de un cadáver.

El arriero que, sobre tener, como ya se ha visto, malas tripas, era más mulo que los que traía de reata, cogiendo por un brazo al infeliz que yacía en tierra, comenzó á tirar de él, arrastrándole hacia un portal inmediato.

Entonces, la joven, al parecer menos apenada que iracunda, á la vista de tal brutalidad, puso el grito en las veletas, apostrofando á aquel bárbaro, y pidiendo socorro. Desgraciadamente, por ser hora en que acostumbran á comer los archeleros, el pueblo parecía abandonado.

Por fin giró un postigo, abierto en el portón del molino aceitero, que había servido de parque de municiones á los chiquillos, y dentro de aquel tosco marco apareció *La Contadora*.

Mas, ya que no fuí galante al presentar á Edelmira, no he de cometer otra falta, dejando, para concluir el capítulo, la enumeración de los muchos atractivos con que la Providencia dotó al segundo personaje de este cuento, que

quisiera hacer pasar por fotografía instantánea.

Así, pues, doble la hoja el lector si desea conocer de cuerpo entero á la primera dama.



III

La Contadora entra en danza

Hasta para el observador más superficial, el genio, en su acepción recta, y las aficiones preferentes de *La Contadora*, saltaban á la vista.

Examinado minuciosamente, desde el lustroso y negro rodete hasta los tacones de los zapatos de *chagrín* con punteras de charol, ni aun con microscopio, se hubiera podido descubrir el más leve rastro de mancha, la más ligera arruga de desastrada en cuanto llevaba encima para su realce, aquella gallarda hembra, que garbeaba como ninguna otra en el pueblo; á quien, ni moral ni físicamente, podía aplicarse el calificativo de liviana.

El culto al agua, al cepillo, á la escoba y al plumero era ya idolátrica manía en *La Contadora*, digna de haber nacido, no en Archal, sino en aquel pueblo de Holanda, del que se cuenta, que los naturales pintan las aceras y quitan el polvo á las hojas de los árboles.

¿Eran ojos los de aquella mujer? Eran ojazos, nunca tranquilos ni apacibles, como laguna asombrada por el ramaje de los sauces, sino inquietos y alborotados, como las aguas del Cantábrico que azotan sin tregua el «Cabo de Peñas.»

¡Qué frescos y jugosos, y más encendidos que la cresta de gallo andaluz sano, aquellos labios, que á la menor contrariedad se fruncían, al par que el entrecejo, revelando ya impaciencia reprimida, ya ira sofocada! La mujer que así daba indicios del estado de su ánimo, pregonaba á voz en grito, que tenía el genio tan dulce como el jugo de la retama verde, y que era más pintiparada para servir de capataz de americano ingenio, que para mecer niños en la cuna.

Cuando doy á conocer á *La Contadora*, estaba en aquel punto y sazón de



sabrosa madurez, á que aguardan los pájaros que llegue la fruta, para regalarse con sus mieles, picoteándola.

No describo á la garrida jamona. Para que agrade á todos, imagínese la cada cual con los atractivos que más hagan á su gusto, y déjenme seguir adelante.

Aquella mujer, favorecida por Dios con la cuarta potencia del alma, que es *hacerse cargo*, se fijó en el cuadro, y encarándose con el arriero, le gritó:

—¡Jinojo! Habías tú de andar en este fregao, maldecío jumento, incapaz de hacer nada á derechas, como no sea meterte debajo del chaleco un plato de potaje de habas que ni un galgo lo pueda saltar. Deja á ese caballero. ¿No ves, hijo de cabra, que le estás dando la puntilla?

Y aquí, tomando un poco de resuello, continuó, volviéndose hacia el interior del molino:

—¡Mananoo, Mananoo! ¿no oyes? Llégate en un salto en ca Ambrosio el herreo, con recaio mío, y que venga como esté, volando. ¡Juyel!—¡Beliya, Beliyaa... tráeme la botella del vinagre, á escape!

Edelmira, que, no bien el arriero dejó de arrastrarlo, se había arrodillado junto al caído, no vuelto aún del desmayo, al escuchar lo del herrador, dió muestras de escandalizarse, y aunque nada dijo, alzó la cabeza y pudo leerse en sus facciones el asombro.

—¿Qué hemos de hacerle, hija mía? dijo *La Contadora*, acercándose al grupo y traduciendo de corrido los gestos de la damisela. Luego añadió: — Aunque á dos leguas escasas de este pueblo está una de las facultades más notables de España, en Archal, hoy por hoy, no hay más meico que el de las bestias: con lo que bien mirado, pueda ser que se vaya ganando. Por otra parte, Ambrosio es hombre de sentío y tiene buen ojo pa con los enfermos. Como que, después de todo, más talento se necesita pa curar á los animales que á las personas; porque aquéllos, como los niños de pecho, no saben ni pueden decir dónde les duele. Pero esa pelmazo de Isabel no trae el vinagre.. ¡Gracias á Dios, mujer!... ¡Jinojo! Parece que marmaste plomo. Trae acá la botella. Alcémosle la cabeza... Ayuda tú, pesá... Va-

mos; parece que ya vuelve... Pero, ese Ambrosio... ¡Ah! Ya está aquí...

Con efecto, el desmayado abrió lentamente los ojos y se le llenaron de *La Contadora*, que fué lo primero, quizás lo único que vió, y como si ya nada le doliese, pareció que se le hacía agua la boca y que se le incendiaban las pupilas.

—¡Jinojo, con el hombre! Tiene sale-ro, exclamó para su corpiño la buena moza, levantándose y haciendo una seña al herrador para que se acercase.

El lisiado se encontraba con la cabeza sobre las faldas de Isabel, y con la mano dislocada entre las de Edelmira.

Ambrosio, como si se dispusiera á andar á moquetes con el malparado caballero, se dobló los puños de la camisa sobre las mangas de la chaqueta, y encarándose con *La Contadora*, dijo:

—Lo primero que hay que hacer es llevarse de seguida á este señorito, con mucho tiento, á una cama que esté cerca, ¿y á dónde mejor que á la Casa-Administración? Conque andando, si es que á usted le paese bien lo que yo digo.

—Andando, repitió aquella señora, al

propio tiempo que reclamaba, por medio de una seña, la ayuda del arriero.

Y en brazos de éste y en los del mozo, á quien llamaban Manano (Mariano), y en los del albéitar, desapareció el paciente por donde apareció *La Contadora*.



IV

La Contadora y el Contador

Del minucioso reconocimiento que, después de desnudarlo, hizo Ambrosio en el magullado cuerpo de aquel pobre señor, resultó y resultaron dos costillas rotas, una dislocación en la mano derecha, y grandes contusiones en la pierna izquierda.

La fiebre y la inflamación en las partes lesionadas no se hicieron esperar. Los dolores que el enfermo soportaba, casi sin quejarse, debían de ser tremendos. Por fin, después de repetidos síncope, se quedó amodorrado.

Ambrosio que, sin perder ni un minuto, había acudido á la mayor necesidad con

medicinas caseras, declaró que aquello le parecía cosa grave, y por consiguiente, que era preciso llamar en seguida á un médico de la ciudad.



Edelmira volvió á sus lloriqueos y lamentaciones, y entonces *La Contadora*, dirigiéndole palabras de consuelo, la sacó de la habitación en que habían colocado al enfermo, y la condujo al comedor. En la gran chimenea ardían tres panes de orujo, partidos y apoyados en el morillo central. Las señoras tomaron asiento en

sendas butacas al amor de la lumbre. Doña Tránsito tosió, arregló los pliegues de su negra falda, desenvainó una horquilla del rodete, se rascó con ella ligeramente en la cabeza, y por fin, volviéndola á clavar con mucho garbo, comenzó en los siguientes términos el discurso que había preparado entre la tos y la rasca-dura:

— Habrá usted oído decir, señorita, que la curiosidad es el cuarto enemigo del alma de las mujeres; pero yo, que tengo defectos muy grandes, soy en esto la excepción de la regla. Por no gustarme averiguar vidas ajenas, no pudieron meterme en la cabeza, cuando iba al colegio, un capítulo entero de historia sagrada ni profana. Digo esto, al tanto, de que si voy á hacerle á usted algunas preguntas, es, porque la fuerza de las circunstancias se impone. Para animar á usted y á fin de que sepa dónde pisa, comenzaré por dar ejemplo, diciéndole quién soy, y á qué casa arribaron ustedes forzosamente. Yo me llamo Tránsito Espino y Narváez; pero en este pueblo y en todo su término, me conocen por *La Con-*

tadora (aquí Edelmira hizo un movimiento brusco), porque mi difunto hermano (q. g. h.), fallecido há dos años, era Contador ó Administrador de los muchos bienes que en esta comarca posee el Excelentísimo Señor Conde de Xirel, en cuya Casa-Administración de la Torre de Archal nos encontramos. Roque, mi hermano, viudo y de mucha edad, no tenía secretos para mí. Desde que murieron nuestros padres, hace años, no nos habíamos separado ni un solo día. Yo, últimamente, le ayudaba, llevando las cuentas, la correspondencia y...

—Sí, ya sé todo eso, señora: era usted y sigue siendo el verdadero Contador del Conde y, más que á la costumbre inveterada en estos pueblecillos de poner mo-
tes, debe usted á su mérito y buena mano para administrar, la especie de apodo con que la distinguen en Archal. Mi tío, cuya reserva es casi tan grande como la blandura de su carácter, al emprender nuestro viaje, creyó necesario darme á conocer algunos antecedentes, que le fueron comunicados por el señor Conde, y que juzgaba precisos para comenzar nues-



tra vida en este villorrio á donde hemos sido desterrados por el capricho del buen hombre que me sirve de padre. ¿Pero usted, señora, no tenía noticias de nuestra venida?

—Pues... ¿quiénes son ustedes?.. si no es indiscreción, preguntó á su vez *La Contadora*, con mucha sorna y ya con un pie en el trampolín, por el tonillo impertinente de Edelmira.

A responder iba ésta, cuando dieron en la puerta dos golpecitos discretos y oportunos, seguidos del ¿se puede? de rúbrica.

—Adelante, dijo doña Tránsito, y entró Isabel con el correo, en una bandejita de laca: pormenor que no pasó inadvertido para la señorita de la ciudad.

—Con permiso.

Y *La Contadora*, dejando sobre la mesa dos periódicos y una carta, después de fijarse en el sobre, abrió otro más voluminoso.

En un instante recorrió con la vista su contenido, y mirando fijamente á Edelmira, exclamó:

—En la vida real suelen ser las casua-



lidades más frecuentes que en comedias y novelas. ¿Sería por ventura, su señor tío de usted don Enrique Urdiales y Esquivias, el nuevo Contador del señor conde de Xirel?

—El mismo, señora.

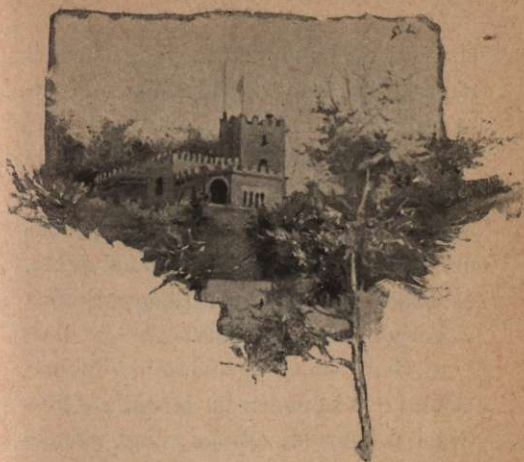
—¿Pero, tú, Isabel, á qué aguardas? ¿No te he dicho que no te separes ni un solo momento de la cabecera del enfermo?

—He venío, porque se despertó, y ha dicho que quiere ver á usted.

—Entonces, vamos, vamos allá corriendo.

Y las tres mujeres salieron del comedor.





V

¡Tienen ojos y no ven!

El lugar de Archal, tendido á derecha é izquierda de la carretera, que va de una á otra de las capitales de dos provincias andaluzas, debe su nombre á la vieja torre, fortaleza mil veces restaurada por sus señores, que lo fueron, según las armas decidían, ya moros ya cristianos.

Surge el esbelto castillejo de entre peñas bordadas de nopales, pitas y enredaderas de diversas especies, cultivadas las

unas y las más silvestres, y todas, en el trepar, gallardas y atrevidas, hasta colgarse de los rojizos sillares.

Sin haber despojado á la Torre de Archal de su aspecto guerrero, y acentuando en la obra de restauración, el originario carácter moruno, su actual dueño, el Conde de Xirel, logró convertirla en alegre y cómoda vivienda.

El Genil, impacientándose por los obstáculos que le ponen en la orilla ciertas defensas llamadas *caballos*, riega refunfunando la hermosa vega que se extiende en suave declive, desde los cimientos del castillo, hasta el soto que se retrata en la corriente.

A la orilla opuesta se levanta ceñudo y severo el cerro *Parapanda*, inspirador popularísimo de leyendas, dichos y refranes, inconscientemente impíos.

Para-pan-dá.

Cuando Parapanda tiene montera, llueve aunque Dios no quiera.

Y otros por el estilo.

Sierra Nevada, á la derecha, se tiñe de color de rosa con los últimos resplandores del sol poniente, y antes y aun des-

pués, desde la plataforma de la torre, se divisan la Zubia, Santa Fe y el santuario de la Virgen de Araceli, á la izquierda de Sierra Elvira.

La luz, que proclama los primores de aquella tierra bendita, tiene en invierno caricias de madre.

El aire, suavísimos perfumes, como el de la flor de los habares que huelen á gloria.

¿Harmonías?.. ¿En dónde encontrarlas más inspiradas, que en el concierto que al anochecer y al amanecer forman las aves en los chopos del soto, con las aceituneras que, siempre cantando, van y vienen del pueblo á la estacada y del plantonar al pueblo?

Pero *La Contadora* pretendía casar un gato con una canaria, cuando quince días después de haber ocurrido lo ya relatado, y para distraer á Edelmira, procuraba llamar la atención de ésta, enumerando cuanto de notable se divisa desde la Torre de Archal.

Y es, que hay muchas criaturas á quienes el descubrimiento del más cristalino y oculto manantial no sugiere pregunta de

mayor alcance, tengan ó no sed, que la de: — ¿Estará fresca el agua? ¿cortará el jabón? — Criaturas que, en las ramas del roble centenario ó caídas al pie de su rugoso tronco, no ven más que las bellotas. ¡*Pobres chicas*, para las que el aire no es otra cosa que alimento del abanico, y las estrellas farolitos colgados de la bóveda azul!

Edelmira había llegado al pueblo contrariadísima; no lo pisaba, en verdad, con buen pie, y aunque el médico, que diariamente venía de la capital, al no surgir complicaciones (lo de siempre), respondía de salvar al enfermo, ya muy mejorado, necesitaba con urgencia desahogar la bilis acumulada durante la quincena, pegándola con alguien.

¡Qué mucho, si el retrato de don Enrique Urdiales que ofreció á *La Contadora* al regresar de la Torre aquella tarde, fué obra más de espátula que de pincel!

Felizmente, como el lector va á habérselas cara á cara con nuestro héroe, tiempo tendrá de corregir las imperfecciones con que Edelmira traza en el capítulo

siguiente, la no vulgar figura de su buen tío.

Como en el día de la catástrofe *La Contadora* y Edelmira ocupan dos butacas en el comedor. Oigamos lo que hablan.





VI

El Procurador Yerbabuena retratado por su sobrina

EDELMIRA. Nada más propio que el calificativo de *arribada forzosa*, que aplicó usted, hace quince días, á nuestro grotesco y triste apeamiento, á la puerta de este caserón. Por lo que á mí se refiere, es gráfico, pues vine tan de grado, como conducida por la guardia civil.

Las absurdas leyes que hacen de la mujer «un animal de lujo, ó una bestia de carga,» como ha dicho un ilustre pen-

sador, supeditaron mi voluntad y mi inteligencia, á los vulgares caprichos de mi señor tío, á quien, huérfana y soltera, he seguido forzosamente á donde quiso llevarme. ¿Qué hemos de hacerle? Aún no ha sonado la hora de la emancipación de la mujer, si bien grandes inteligencias de ambos sexos ventilan, ya hace tiempo, este sencillo problema. Pero, en fin, nada de esto viene al caso, siquiera usted, doña Tránsito, por sus aptitudes, sea una prueba elocuente, de que *nosotras* valemos, por lo menos, tanto como *ellos*.

LA CONTADORA. Mil gracias, señorita, por la lisonja. Yo apenas si me considero capaz de hacer un gazpacho comible. Leer y escribir... regularmente; las cuatro reglas, sin echar mano, ocultándola debajo de la mesa, de los dedos de la izquierda; un poquito de geografía; mal traducir el francés... y pare usted de contar. Por último, de ese problema que, según usted cuenta, sacaron á ventilar los sabios, tal vez, porque se apolillaba, no se me alcanza una cifra.

EDELMIRA. ¿No? Pues en otra ocasión hablaremos de ello muy al porme-

nor, puesto que, dadas las, al parecer, modestísimas aspiraciones de usted, y la reducida esfera en que ha vivido casi siempre, según creo, lo que sabe no es poco, y pienso que le bastará para entenderme. Decía, ó iba á decir, que ya que el destino, en el doble sentido de esta palabra, aplicada á los móviles de nuestro viaje, me trajo á Archal, y que yo, correspondiendo á la confianza que usted me dispensó el día de nuestra llegada, refiriéndome parte de su historia, estoy en la obligación de decirle, quiénes somos y...

LA CONTADORA. Usted dispense, señorita, que la interrumpa... las circunstancias han variado por completo desde aquel mismo día. No era posible que yo tomase ciertas disposiciones, sin saber la condición de ustedes y los medios de fortuna de que disponían. Yo pensaba entonces encontrarme en mi casa, así me atrevía á llamarla, porque vengo administrándola, en parte, hace años, y dos en absoluto; pero á las cuatro palabras que cruzamos aquel día, se volvieron las tornas, resultando, que ahora soy yo la hués-

peda, la que ya debe á ustedes muchos favores. Está, pues, de más, que se moleste dándome explicaciones de ninguna clase.

EDELMIRA. No tanto, no tanto, doña Tránsito. Usted ha ofrecido á mi tío no separarse de nosotros, hasta el día en que su estado le permita entregarse oficialmente de la administración, y concluída que sea la molienda aceitunera. El señor Conde hizo á usted el mismo encargo y ruego, no bien supo el accidente de mi tío, en comunicaciones y cartas particulares que recibió usted de Madrid y de la Contaduría general de la Casa. Vamos, pues, á vivir en familia, por lo menos, un mes más, y es indispensable que nos conozcamos antes.

LA CONTADORA. Sea; aunque me parece difícil que se realice ese milagro, sólo por el relato de usted y las breves noticias que le dí aquella tarde, á propósito de mi genio y otras particularidades. Ya sabe usted aquello de que, para conocer á una persona, es preciso comer en su compañía, por lo menos, una fanega de sal.

EDELMIRA. Ese vulgar adagio no es axiomático; gentes hay transparentes como el talco y... pero no divaguemos: ruego á usted que me escuche.

LA CONTADORA, (*para su corpiño*). Y seremos dos; porque tú no dejas de escucharte, *pamplinosa*.

EDELMIRA. Así como á usted todo el mundo la conoce en esta aldea por *La Contadora* así á mi tío nadie le distingue en la capital por su nombre de pila. Inútil sería de todo punto preguntar en ella por don Enrique Urdiales y Esquivias, no obstante haberse encabezado con este nombre honradísimo y muy aristocrático millares de escritos en pleitos y causas que metieron mucho ruido.

Repito, que nadie daría razón, fuera de la curia, de tal sujeto. En cambio, al *Procurador Yerbabuena* le conocen en la ciudad hasta las piedras de la calle.

Ya el apodo deja traslucir muy á las claras, la mansa condición de mi pariente; porque aquel yerbajo, no sirve, que yo sepa, para otra cosa, sino es para dar cierto gustillo desagradable á las sopas de

pan y de arroz, en nuestra atrasadísima cocina española.

LA CONTADORA. Poco á poco; también en la inglesa la yerbabuena es la base de una salsa con vinagre y azúcar, que suele servirse con la pierna de carnero asada. ¡Poquito que le gusta al señor Conde! Y no hay que olvidar tampoco la gran importancia de tan olorosa planta en la medicina casera. ¡Ahí es nada su benéfico influjo en las jaquecas, malas digestiones, fetidez de aliento, vómitos de sangre!...

EDELMIRA. ¡Vaya, vaya! Medicinas caseras, como usted acaba de decir, y, con serlo, no muy conocidas; simples vulgaridades; nada científico ni fundamental. Sigo con mi historia. Ello es, que la curia de la Capital, á la que pertenece un escribano que de vuelta de cierto viaje á Madrid, decía: «¡Aquella es una tierra virgen!» al confirmar á mí tío con el apodo de *El Procurador Yerbabuena*, le declaró un infeliz de cuerpo entero, clasificándole entre la mitad del género humano destinada á depender, á servir, á ser explotada por la otra mitad.



Agile Ruiz



Para mi tío, el mundo es un paraíso sin serpiente, las zarzas no tienen espinas; no hay mujer fea, ni falso amigo, ni mal sacerdote, ni juez prevaricador, ni general español que se haya pronunciado, ni político que se vuelva la casaca.

LA CONTADORA. De suerte que, según usted, su señor tío vive en el limbo, ó es... no me atrevo á decirlo.

EDELMIRA. ¿Tonto? ¡Cá! Ni un pelo tiene de ello, siquiera se lo deje tomar con frecuencia por la gente de poco. ¡Pues eso es precisamente lo que suele desesperarme! Hay que armarse de la paciencia de un bienaventurado, para transigir con las bondades y larguezas de mi tío, quien dice, que como la ley, en ocasiones, es lo más lejos que existe de la justicia, tenemos el deber, con caridad y benevolencia, de colmar semejantes vacíos. Yo, que no tengo en el mundo otro pariente ni arrimo, le quiero bien; pero no puedo estar jamás de acuerdo con él, y su eterna sonrisa me saca de quicio. Teniendo, como tiene en religión y en política ideas arraigadísimas, en todo es conservador, menos de



su hacienda, que sería capaz de repartir entre los pobres; discute muy rara vez y condesciende siempre con la ajena opinión, quedando él más apegado á la suya.

Convencerle de lo contrario que él cree, sería más difícil que refrenar una locomotora con dos cabellos. Conviene advertir, que mi pariente no trata jamás de hacer prosélitos, ni se alegra mucho cuando le dan la razón; porque no es más, dice, «que reconocer su propiedad.»

Es el Procurador Yerbabuena el hombre más enamorado de cuantos respiran.

Asegura, como ya indiqué á usted, que no ha encontrado aún una sola mujer fea; que las hay menos bonitas, con poca gracia; pero que todas y cada una de las hijas de Eva tenemos *algo*,... que muchas veces pasa inadvertido para el vulgo, y que el inteligente descubre, cobrando, con el placer que le reporta la invención, su bien merecido premio.

Así y todo, no creo capaz á mi segundo padre de manchar su conciencia en el negro de una uña, ni por conquistar los favores de cualquiera de esas beldades

que ganan primeros premios en los certámenes de la hermosura.

Como ya no es un muchacho, y dista también bastante su traza de la de un Tenorio de oficio, sus empresas amorosas no traspasan los límites de la contemplación tenaz de cuanta mujer bien parecida y no mal perjeñada se tropieza. Debo hacer constar, que mi tío en estas materias alzó siempre la vista, cuando menos, hasta su altura; que jamás descendió á echar chicoleos á las Venus de estropajo; que nunca declaró por escrito su pasión y que, al llegar á cierto punto, exclamó siempre, como el negro de la zarzuela de Olona: *Casase, no; casase, no.*

Cual si fuera el suyo cuerpo glorioso, no siente ni el calor ni el frío; en invierno jamás se emboza en la capa, que usa por no llamar la atención, si fuera á cuerpo. En verano se viste como en Enero, con ropa de entretiempo.

Mi tío no tomó jamás aguas por dentro ni por fuera, ni purgas, ni se ha sangrado, ni se resfría, ni le dolió una muela, ni tiene un callo.

Creo inútil decir á usted, que dado su

carácter y convicciones, ni se propuso, ni logró hacer fortuna. Si tiene algunos ahorrillos en papel del tres por ciento interior, se debe á sus poquísimas necesidades, y á lo mucho que yo tiro de la cuerda, reduciendo en número y cantidad las limosnas y evitándole muchos sablazos de amigos y desconocidos. El Procurador Yerbabuena, aun siendo, como ha sido modestísimo, al redactar sus minutas de honorarios, podría tener una fortuna muy regular; pero, amiga mía, como siempre fué de arrope manchego, se lo comieron las moscas.

A mi buen tío no le amarga la ingratitud ni los desengaños le hacen mella, ni las injusticias de que él sólo es blanco consiguen sacarle de quicio.

Así y todo, «cansado de respirar la atmósfera un poco cargada de la curia,» son sus palabras, solicitó y obtuvo, sin gran trabajo, la administración en Torre de Archal de los bienes del señor Conde de Xirel, de cuya casa, como usted habrá oído decir, venía siendo procurador hace años.

Ahora dígame usted, señora mía, ¿qué

opinión le merece tan extraño personaje?

LA CONTADORA. Pues creo que su señor tío tal vez sea todo un carácter.

EDELMIRA. ¡Un carácter!

LA CONTADORA. Así como suena.

EDELMIRA. Pero, señora, ¿qué es lo que usted entiende por eso? Digo, á menos que confundamos los merengues con los adoquines.

LA CONTADORA. Puede ser. Mire usted, señorita: yo digo de una persona que es un carácter, cuando logra la fortuna, que pocos alcanzan, de haber elegido bien unos cuantos sólidos principios de moral y de conducta, y tiene luego la constancia de amoldar á ellos, en lo humanamente posible, toda su vida. Y declaro á usted, que me parecen más, mucho más difíciles de domeñar los que siempre llevan la sonrisita en los labios, que esos infelizotes, que parece que se comen los niños crudos.

A propósito: á Julín debe de haberle sucedido algo extraordinario, á juzgar por los berridos que da. Voy, con permiso de usted, á enterarme de lo que pasa.

EDELMIRA, (*al paño*). Me parece de mucho cuidado esta lugareña. ¿Si, convirtiendo en substancia las melosas miradas de mi tío, le habrá ocurrido que puede fácilmente no dejar de ser *La Contadora*?

LA CONTADORA, (*saliendo del comedor y aparte*). Pues, señor, cada día me parece más lila esta avispa.





VII

Julín

Por aquel entonces, como ahora sucede, en Cuba se desparramaban por vegas y trochas, raudales de sangre y miles de pesos duros.

Al comandante Espino, hermano de don Roque y de doña Tránsito, le tocó tenerse que embarcar para la Habana, cuando estaba próximo á ascender por antigüedad, en la luna de miel y dejando embarazada de siete meses á la pobre

mujer, que lo era de salud, espíritu y hacienda.

El nacimiento de Julín, sesenta días después, costó la vida á su madre, y la triste noticia se cruzó con la de haber fallecido también el Comandante, del vómito negro; de suerte, que la del angelito al caer de través en este pícaro mundo, prometía ser más obscura, que la última enfermedad de quien lo engendró.

Una apacible tarde de invierno el coche del Contador, arrastrado por cuatro mulitas enanas, que zarandeaban cientos de borlas azules y amarillas al compás alegrísimo de plateados cascabeles, paró en firme delante de la Torre de Archal. *La Contadora* bajó de la góndola y las comadres del pueblo, asomadas tras las celosías, vieron con asombro como ayudaba á tomar el estribo á la robusta nodriza que traía en brazos á un niño, tan débil y enfermizo, que apenas si tenía fuerzas para llorar.

¡María Santísima, la que se armó en el pueblo! Como si le hubiesen pegado fuego por las cuatro puntas, comenzó á arder en chismes, murmuraciones y fal-

sos testimonios levantados á doña Tránsito.

Hacía ésta mucho bien por cuenta del Conde y por cuenta propia, con lo que ya tenía bastante para que la envidia y la ingratitud le fuesen plantando vivero de enemigos; pero, además, *La Contadora* no se daba á partido en lo de alternar íntimamente con las damas que en Archal la seguían en suposición, á saber: las dos alcaidesas de tanda, *conservadora* y *fusionista*, según que Cánovas ó Sagasta eran dueños de la olla del presupuesto, la *meica*, la boticaria, la mujer del maestro de escuela, la maestra de niñas y la hermana del cura.

La Contadora no tenía jamás tertulia fija en la Casa-Administración, y muy de tarde en tarde, y sólo por motivos solemnes, iba á las reuniones presididas por las señoras enumeradas, todas las cuales dependían, más ó menos directamente, de la hermana de don Roque.

En Torre de Archal, imperase don Antonio ó don Práxedes, no había más alcalde que el impuesto por el Conde de Xirel: transigía éste con los cambios po-

líticos, con el *turno pacífico* de los partidos monárquicos; pero se reservaba la facultad de elegir la persona que, dentro de cada uno de ellos, debía presidir *in nomine* el Ayuntamiento de aquella pacífica ínsula. El caserío del pueblo y el terreno sobre que se levantaba, era todo del Conde, desde la Casa-Ayuntamiento hasta la alcubilla que en el ejido repartía por la población el agua potable.

No hay para qué decir, que el médico y los maestros de escuela debían sus nombramientos á Xirel.

La presentación del cura era también patronato de la casa, y hasta la iglesia parroquial se alzaba dentro de las tapias que circuían las vastas dependencias de aquélla. De suerte que, de antojársele, podía el nuevo señor de horca y cuchillo desahuciar al municipio en pleno; dejar sin enseñanza á niños y niñas y hasta en ayunas de pasto espiritual á todos los vecinos de Torre de Archal, colonos ó jornaleros, la mayor parte, de las tierras del Conde.

Calcúlese, pues, la influencia del ministro universal de aquel reyezuelo, y, por

ende, de doña Tránsito, Consejo de Estado de don Roque.

La Contadora, que era muy llana, no temía tampoco que, de darse á partido, frecuentando mucho el trato de sus convecinas, la demasiada confianza engendrara menosprecio, ó diera pie para solicitar favores en perjuicio de los intereses del Conde.

Á la más audaz le echaba ella galga y torno con una sola mirada, parándola en seco, y era, por otra parte, tan notoria la rectitud de don Roque, que nadie se hubiese atrevido á irle con empeños de cierto género, ni aun contando con su misma hermana, dado, por supuesto, que ella hubiera sido capaz de prestarse á servir de mediadora.

La causa del, al parecer, orgulloso retraimiento de doña Tránsito, había que buscarla en razones más prácticas, de un lado, y, de otro, más espirituales.

Dos talentos hay rarísimos en el mundo, sobre todo, en nuestro país, y más aún en Andalucía. No digo yo con la linterna de Diógenes... ni con la antorcha que enarbola la vulgarísima estatua de la libertad

á la entrada del puerto de Nueva York, se encuentran en mi país dos docenas de personas que sepan aprovechar bien el tiempo y emplear el dinero juiciosamente. Pues bien, la hermana de don Roque era en esto, y en aquella tierra, ejemplar tan raro, como un gato cariñoso y fiel.

Doña Tránsito se levantaba con el sol, se recogía de cualquier manera la hermosa mata de pelo, y de *trapillo*, dirigía las múltiples faenas de la limpieza de la Casa-Administración. Sabido es, cómo se limpia, en ciertos pueblos andaluces, la morada de todo bicho viviente: lo que son aquellos aljofijados de suelos desde la torre al zaguán; aquel sacudir el polvo de muebles, hierros y paredes: el enjalbegado de la fachada los sábados: el bruñir de los muebles con aceite: el fregar con limón y ceniza los peroles y el almirez, hasta dejarlos como el oro.

La hermana de don Roque, mientras no daban las ocho, hora en que se desayunaba, parecía un mayoral arreando el tiro desde el pescante. *Beliya* por aquí; Manano, por allá; y vuelta con la cocinera, más sorda que el brocal de un pozo,

B. Gili Roig



y con las dos muchachas del aperador, que alternaban *de cuerpo de casa*, como allí llaman á las criadas que para todo sirven... Y no hay que echar á volar la imaginación por andurriales, que yo no hablo con segundas ni ulteriores intenciones.

Ello es, que después de haber gritado más que un mal tenor de zarzuela, conseguía *La Contadora* que la Casa-Administración quedase como una tacita de plata.

Particularmente los sábados, día en que la limpieza duraba hasta las once, solía enfundarse la diestra con un guante de cabritilla, é iba pasando el dedo índice por rinconeras, tablas de chimeneas, respaldos de sillones, mesas y cristales, á ver si el maldito polvo se había resistido á los zorros, rodillas y plumeros de Isabel y de las mocitas del aperador.

Todo ya en orden, los balcones cerrados en invierno, las chimeneas ardiendo alegremente, limpias las jaulas de pájaros y perdices... oliendo la casa, en fin, á búcaro húmedo, doña Tránsito, satisfecha, se retiraba á sus habitaciones, para salir

de ellas, una hora más tarde, tan plucra, reluciente y bien olorosa, como la presenté en la puerta del molino, cuando acudió en socorro del Procurador Yerba-buena.

Dos veces por semana, los martes y los viernes, antes de comer, y ya vestida, daba audiencia á las vecinas pobres que se presentaban con empeños y solicitudes para el señor Conde, y á las caseras de sus muchas fincas, dependientes de la administración, siendo cosa rara, que unas y otras saliesen con las manos vacías.

Gracias á tales recepciones, *La Contadora* estaba siempre enteradísima de cuanto ocurría en el pueblo y su término, aprovechando datos y noticias, para el mejor manejo de los intereses de Xirel.

En todo tiempo, al dar la una en el reloj de la torre, se ponía la sopa en la mesa. Y ni don Roque, aunque estuviera ocupadísimo, ni doña Tránsito, aunque fuese día de audiencia, se hacían aguardar jamás, el uno al otro, arriba de diez minutos.

Levantados los manteles, solía echar el

Contador una siestecita de hora y media. *La Contadora*, que se burlaba de los monásticos higiénicos preceptos, «después de comer ni un sobrescrito leer, y *post prandium dormire*,» cruzaba en dos saltos los patios y jardines que hay entre la Casa-Administración y la Torre, propiamente dicha, y entrándose por el postiguiello que da paso á las dependencias de la servidumbre, se ocultaba á las fiscalizadoras miradas de las comadres.

—¿Qué irá á hacer *La Contadora*, todos los días á la Torre por la siesta? Se preguntaban las muy maliciosas.

¡Cómo se habían de imaginar que la buena moza iba á enfrascarse en el estudio de la botánica!

La difunta madre del Conde de Xirel había sido aficionadísima á aquella poética rama de la Historia Natural y por esto, la biblioteca de la Torre estaba bien provista de los libros de la ciencia de Linneo y de Candolle. Se custodiaba también en aquella dependencia, como si fuera reliquia, un ensayo de herbario formado por la condesa, madre de Xirel.

Doña Tránsito, que se había propuesto

en un principio completar, en lo posible, aquella colección de flores y hierbas para ser agradable al Conde, concluyó por aficionarse también á herborizar. En los diarios y largos paseos que, á pie y en coche, daba con su hermano, ó sola, después de la siesta y hasta el obscurecer, por el soto, la dehesa, los viñedos y el monte, iba siempre provista de la caja y demás útiles propios del botánico, así es... Pero ahora caigo en que me he corrido, enumerando aquí las más de las habilidades y primores de doña Tránsito, cuando debí hacerlo en el capítulo tercero, y en cambio, en éste, casi no figura Julín, más que en el título.

Y es, que se me fué el santo al cielo, proponiéndome explicar, por qué *La Contadora*, dados sus ocupaciones y gustos, no podía sacárselo al trato íntimo y frecuente de sus convecinas, reducido al chismorreó insulso ó demasiado mordaz de la aldea.





VIII

Donde se justifica el título del anterior

La aparente monotonía de la vida que llevaba doña Tránsito, tan ocupada, tan útil, tan llena de sencillos encantos, por fuerza había de sufrir eclipses parciales en las temporadas que pasaba en Torre de Archal, el de Xirel. Durante ellas, don Roque comía con el Conde, y *La Contadora*, sola, por su gusto, en la Casa



Administración, para dejar en libertad á los señores.

Pero el prohijamiento y venida al pueblo de Julín, perturbaron por completo la cronométrica existencia de su tía, que se consagró inmediatamente á robustecer al mísero gorgojillo.

El pobrecito se aferraba á la vida.

La nodriza no logró congeniar con la señora, y fué despedida dentro de la primera semana de su permanencia en Archal, sustituyéndola una cabra del país, de las que van arrastrando las ubres por el suelo y no tienen maridos y otras exigencias. Con lo que se puso un animal en lugar de otro, menos molesto y quizás más agradecido que los que abandonan á sus propios hijos, para explotar la triste necesidad, ó el mal entendido cariño de los padres acomodados.

¡Que Dios libre á mis lectores, en lo posible, de la pestífera y abominable clase de amas, *bonnes* y *mademoiselles de compagnie* indígenas, y transpirenaicas... amén!

Decía, que venga zabullir al gurripato en agua fresca todas las mañanitas, y tenerle muchas horas á la intemperie,

las más de las veces, sin nada en la cabeza; y llevarle por las tardes al monte á respirar la brisa saturada de tomillo, romero, cantueso y otras hierbas salutíferas, y dejarle dormir mucho, bien abrigadito, y no permitir que lo besuqueasen ni lo zarandearan incorporado, ni que le creciesen costras en la mollera, ni que se le secaran encima del cuerpecito los pañales...

La criatura, como una esponja, fué absorbiendo la salud, la alegría y el cariño en que estaba sumergido á todas horas, al extremo de que, al año de vivir en Torre de Archal, parecía tener diez y seis meses.

Cuando cumplió tres años, rezaba en su lengua estropajosa el Padre nuestro, y la Salve; cantaba el «amarillo, sí; amarillo, no...» sabía contar, sin equivocarse, hasta treinta; corría sin tropezar, como una lagartija, y cuando, rara vez, daba un batacazo mayúsculo, volvía á enderezarse sonriendo.

A doña Tránsito, que muy joven vino al pueblo con su hermano, en punto á pretendientes, le había sucedido aquello

de «los de infantería no llegan, y los de caballería se pasan.» ¡Y de esta arma... como no fuesen los amigos del Conde, que le acompañaban en sus cortas residencias en Torre de Archal, en el pueblo no había un individuo ni para un remedio.

Hay que establecer, sin embargo, una excepción en favor de Bandolina, personaje de quien, á su tiempo, se tratará someramente, por ser su papel de partiquino en esta obra.

La Contadora casi no dedicó á semejante tipo la mirada entre curiosa y corajuda, que logra alcanzar el guijarro en que tropezamos y nos hace volver la cara un momento.

Doña Tránsito, pues, no conocía el amor sino de oídas; de verle pasar de largo; sin que llamase á su puerta.

Las muchas energías de tan sana y equilibrada hembra, reclamaban imperiosamente el ejercicio de la universal y avasalladora pasión que contiene, así como la leche, casi todos los principios alimenticios, las variadas especies del casi único guiso, para el que Dios crió á la mujer... el matrimonio: la aproximación al destino

más noble, más perfecto y natural de la compañera del hombre: la maternidad.

No hay que extrañar, pues, que para aquella monja, Julín representase como su niño Jesús. Ella le vestía, cuando al despertarse el huerfanito encontraba siempre, como un espejo, en donde se reflejaba la primera luz de la mañana, los ojos de su tía, derramando raudales de ternura sobre la cuna.

Echada en el suelo jugueteaba con el niño que, desde que pudo tenerse sentado, comía á la mesa, y le llevaba á paseo en brazos, en coche, á pie y... cuando, por andar desvelado, se negaba á dormir la siesta, solía encerrarse con él en la Biblioteca. Allí, mientras la tía disecaba flores ó hierbas, el sobrino, con una caja de lápices de colores, iluminaba litografías malagueñas, ocupación que no le aburría nunca.

El padre de la criatura, hombre de muy mal carácter y peores formas, aunque buen sujeto en el fondo, había estado casi siempre reñido con sus hermanos. Muy á disgusto de ellos se casó, así es, que de su existencia, casi no se tenía conocimiento en Torre de Archal.

Cuando doña Tránsito, que no acostumbraba á dar cuenta de sus acciones á nadie, fuera de alguna que otra consulta hecha al excelente párroco don Basilio, recogió al chiquitín, las comadres del pueblo, no pudiendo soltarle el mochuelo, colgaron el milagro al señor Conde, que tenía fama de galanteador. Así, por no ser factible herirla de frente en su honra, le roían los talones, acusándola de transigir con los devaneos de su señor, á punto de convertirse en ama de cría y niñera del fruto de aquéllos.

Pero, «ojos que no ven, corazón no quiebran.» Como las comadreja no se atrevían á criticar cara á cara á *La Contadora*, y ésta no oía jamás chismes de criados propios ni ajenos, semejantes murmuraciones y calumnias, le hacían la misma mella que la serpiente de la fábula á la lima que roía.

Y bueno está lo bueno en punto á antecedentes.

Quedábamos, en que doña Tránsito acudió, inquieta y presurosa, á los llantos de Julín, dejando á Edelmira en camino de pecar contra el octavo mandamiento.

IX

Yerbabuena deja de sonreir un instante

La vigorosa y poco gastada naturaleza del procurador Yerbabuena había triunfado en poco tiempo. Se levantaba ya algunas horas en el centro del día, y las pasaba y le pasaban liado en la bata, en un sillón de los de prior de Jerónimos y con las piernas bajo las maternales faldas de una buena mesa-camilla.

Desde aquel trono iba anotando en silencio, y relamiéndose como gato goloso, los sólidos encantos de doña Tránsito; daba bromas á Edelmira, cada día más arisca; escuchaba con gran complacencia á don Basilio, que le leía, después de vísperas, un diario de Madrid y otro de la Capital,

y ocupaba el resto del tiempo en entretener á Julín, que le había cobrado mucha afición.

Lo menos veinte veces le llevaba referida la maravillosa historia del príncipe convertido en caballito del diablo, por haber negado *una sed de agua* al peregrino, y condenado á volar sobre todas las fuentes, lagunas y arroyuelos, sin conseguir beber nunca. También había gastado el Procurador Yerbabuena, en pocos días, un cuadernillo de papel de barbas en hacerle á Julín toros, chulillos y picadores, que, al soplarles, embestían, banderilleaban ó ponían soberbias varas, resbalando sobre el hule de la mesa-camilla.

A *La Contadora*, que, como ya dije, era poco sufrida y un tanto celosa tratándose del chicuelo, comenzaba ya á cargarle la pasión que á éste le había entrado por don Enrique Urdiales, de quien no quería separarse ni á sol ni á sombra.

—¡Jinojo con el hombre! murmuraba: parece que me tiene encantado al muchacho con sus palabritas de arrope manchego y sus miradas de carnero moribundo.

¿Cómo explicarse, pues, el llanto des-

consolado de Julín, que acusaba al procurador de haberle hecho mucho daño?

Doña Tránsito, en son de guerra, penetró en el cuarto del convaleciente. La invariable sonrisa de éste acabó por dispararla.

—¿Se puede saber lo que le hizo usted á la inocente criatura, señor Con-ta-dor?



—Sí, señora Con-ta-do-ra. Abrirle la boquita á la fuerza, no pudiendo conseguirlo de otro modo, y valiéndome de esta cuchara, examinarle la garganta. ¿Qué tiene eso de particular? ¿Cree usted que ya hemos reñido Julín y yo? Vaya, no nos alteremos, que no hay motivo alguno de seria alarma. Se habrá fijado usted en que el niño está hoy un poco pálido, tristoncillo, inapetente, y así como resfriado.

—Sí, señor, algo noté, y sin embargo no le dí importancia; pero acabe usted, por Dios: ¿qué supone usted que tiene el hijo de mi alma?

—Calma, señora; no soy hombre que, por tenerla, pierdo el tiempo, y ya he tomado, con el permiso de usted, las primeras disposiciones que hacen al caso.

—No, el tiempo no lo perderá usted; pero á mí sí me hace perder la paciencia, y usted perdone, con esa calma. ¡Jinojo, ni el terremoto de la Martinica sería capaz de sacar á usted de su paso! Por los clavos de Cristo, ¿quiere usted acabar?

—Voy á hacerlo en seguida, si usted no me interrumpe. Cuando Julián vino aquí, hace poco, á mordiscar la merienda, noté que tragaba con bastante dificultad; le dí luego á probar del agua de limón que yo tomo, y...

—¡María Santísima, Julián tiene principio de garrotillo! *Beliyaa...*

—¡Por Dios, señora; tranquilícese usted! exclamó don Enrique aterrorizado.

Como si acudiera á los gritos angustiosos de su ama, adivinándole los pensamientos, la doméstica entró precipitada-

mente en la habitación. Traía en un plato, por habérselo pedido con urgencia el procurador, el jugo de dos limones agrios exprimidos en una taza, y á falta de pincel ó brochita, á manera de un hisopillo formado con medio carrizo y trapo de hilo.

Ver el Procurador Yerbabuena que estaba servido, y borrarse de sus facciones aquella placidez y sonrisa bonachona que le caracterizaba, fué todo uno.

Tomó el plato de manos de *Beliya*, y dirigiéndose á doña Tránsito, que se había quedado un poco suspensa, le ordenó imperiosamente que trajesen al niño en seguida, de grado ó por fuerza.



X

Se enuncia el problema

Cuando al siguiente día vino, como de costumbre, el doctor Duarte desde la capital á visitar á don Enrique Urdiales muy de mañana, encontró instalada la camita de Julián junto á la de su amigo.

El niño era víctima del más cruel de todos los Herodes. La difteria le había atacado de firme. Doña Tránsito estaba medio loca de desesperación.

Por lo que hace á Edelmira, no bien comprendió lo que podía tener el niño, pretextando una repentina indisposición, fué á refugiarse al otro extremo de la casa después de criticar duramente la condescendencia de su tío.

Julín, con la volubilidad característica de los niños y la misma energía con que en un principio se resistió á que su grande amigo le examinase la garganta, se empeñó después en que sólo Yerbabuena le había de curar.

Para darle gusto y por exigirlo el procurador, el niño ya no salió de aquel cuarto mientras duró la enfermedad.

Tan acertado encontró el doctor Duarte el tratamiento, que por exclusiva iniciativa de don Enrique se había aplicado á la criatura, no bien advirtieron los terribles síntomas de la enfermedad, que el médico preguntó al procurador si podía llamarle colega.

Los continuos lavados de la garganta con zumo de limón, el sinapismo, la esponja con agua caliente puesta debajo de la barbita, el jarabe de éter con agua de azahar y el procurar á toda costa que el enfermito tuviese los piececillos muy calientes, todo ello estaba indicadísimo.

Diez días iban transcurridos de padecimientos constantes de Julín; de agonía para *La Contadora*; de continuos y cariñosísimos cuidados por parte del Procura-

dor Yerbabuena, que no se movía de su sillón, á un lado de la camita del enfermo, ni casi pegaba los ojos.

¡Cuánto habían meditado, durante aquellas noches tan largas y tan tristes doña Tránsito y don Enrique, en los raros intervalos en que la criatura reposaba un poco!

Volvía la hermosa y enérgica mujer sus ojos preñados de lágrimas hacia el pasado, para contemplar la aridez de su vida consagrada á don Roque, quien, sin su hermana, hubiera sido, como dice del pobre el cantar andaluz, «un barquillo sin vela.»

Ella, que había aceptado su destino sin quejarse, creyó luego, con loco entusiasmo, que el cariño de Julián iba á ser el premio concedido á tan noble sacrificio.

A regañadientes transigía con que tarde ó temprano otra mujer viniera á disputarle el amor de su hijo; pero que la muerte se lo arrebatase ahora para siempre... no, esto era cruel, injusto, imposible.

Y la infeliz, como fiera acorralada, se revolvía en el asiento, y al derramar la

vista en derredor buscando una salida, se encontraba siempre con la dulce sonrisa de Yerbabuena, quien, tratando de animar á *La Contadora*, la irritaba más.

El arribo al pueblo de la familia Urdiales, había inaugurado una era de mala



sombra en casa de doña Tránsito, según ella discurría.

Aquel buen señor indescifrable, como la esfinge, ejercía sobre *La Contadora* misterioso influjo: parecía adivinar sus pensamientos y burlarse de su valor. La desdichada mujer, agradecidísima al heroico celo que en beneficio de Julín y olvidando su propio crítico estado, desplegaba el Procurador Yerbabuena, sentía

cruels remordimientos, porque casi le odiaba.

Por su parte, don Enrique, optimista imperturbable, con los pulgares enganchados en el cordón de la bata, paseaba sus ojillos inquietos, del continuo llamear de la gran chimenea, que no se apagaba nunca, á la erguida y hermosa cabeza de *La Contadora*, y, de ésta, á la camita del niño intranquilo ó amodorrado. Parecía un general que calcula fríamente el valor del botín antes de terminarse la batalla; pero ya con la victoria asegurada.

También él se había sacrificado por los demás; pero sin mérito alguno lo reconocía, puesto que gozaba en ello. La mezquina ingratitud de aquella infelizota Edelmira, cursi incorregible del alma y del cuerpo, casi le distraía, como los ladridos y escarceos del gozquecillo al noble mastín que reposa tendido á la sombra.

Pero el mariposón sentía ya necesidad de posarse sobre flor de modesto perfume, de ancha y sólida corola, de firme tallo.

¡Qué adorable resultaba doña Tránsito

combatida, pero no domeñada, por el infortunio!

¡Cómo había él de alegrarse de la muerte de Julín, cuando le cuidaba y asistía como si fuera hijo suyo!

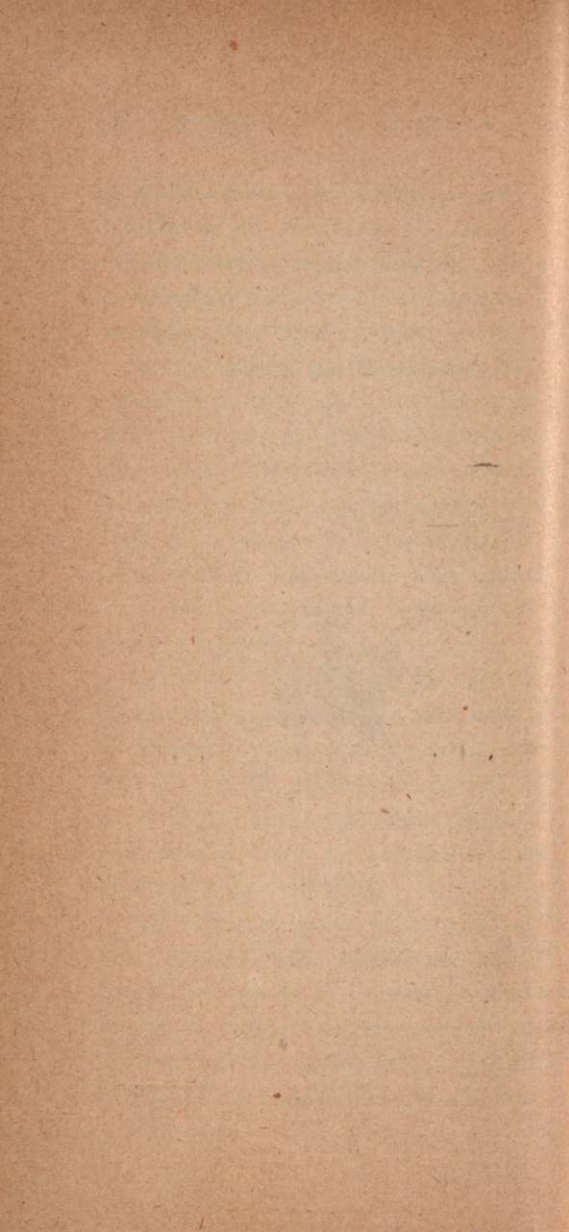
Pero, si Dios había dispuesto que de la ineludible contribución que todos los nacidos tienen que pagar al dolor, rey absoluto y avaro del mundo, aquel angelito abonara sólo unos cuantos céntimos de portazgo ó entrada á la tierra de la luz y de la verdad; ¿qué hacer, sino conformarse con la voluntad del Señor y quedar agradecidísimo?

Como doña Tránsito, con ser tan mujer, era menos que aprendiz en la ciencia del disimulo, y don Enrique podía recibirse de doctor *nemine discrepante* en mundología y espíritu de observación, estaba muy al cabo del sentimiento que inspiraba á *La Contadora*.

Pero como no podía hacer traición á aquel imperturbable optimismo, nervio, enjundia y eje de su carácter, concluía siempre sus mudos é internos razonamientos, recordando que el odio, en muchas ocasiones, había servido de andadores al amor.

Y he aquí, ó allí, en Torre de Archal y á ambos lados de la camita de un niño enfermo, con qué factores se planteaba un gran problema, que á la fuerza había de resolverse, más tarde ó más temprano, como todos los de este mundo.





XI

Don Basilio



Siquiera al excelente párroco don Basilio no se le repartiera papel principal en esta obrilla, como al cabo va á entrar y salir en escena, paréceme oportuno dedicarle dos palabras.

Hijo de un antiguo capataz de la casa, desde chicuelo le gustó más jugar á decir misa, que al toro; después fué monaguillo; luego la señora condesa, madre

de Xirel, le costeó la carrera, y casi por derecho propio, á la muerte del que lo desempeñaba, heredó el curato de Torre de Archal, de donde no había salido nunca, sino para el Seminario de San Cecilio.

Más que de la madera de Santo Tomás, era don Basilio de la de San Isidro. Pero lo que el virtuoso y sencillote cura de almas no decía desde el púlpito, sus buenas obras se encargaban de predicarlo por él en todas las casas del pueblo, y por todo el término municipal.

Cuando hablé de las tertulias y visitas de *La Contadora*, mejor dicho, de que no las había en la Casa-Administración, y que sus moradores hacían pocas fuera, olvidé, que el párroco venía las más de las noches á jugar al tresillo, con don Roque y doña Tránsito, y luego á acompañar á ésta, después de la muerte del Contador.

Y es, que consideré al respetable sacerdote como de la casa, pues en ella vivía, con una hermana de setenta y cinco años, en un pabelloncito al lado de la iglesia.

La inocencia de don Basilio, que no

había oído hablar en su vida de la ópera *El Barbero de Sevilla*, se refleja en el siguiente sucedido, que al propio interesado hizo reír á mandíbula batiente, cuando el Conde le descifró el jeroglífico.

Como el buen cura manifestase deseos de ir á Roma en los días en que se celebraba el Concilio Ecuménico, lamentándose dulcemente de que sus posibles no alcanzaran, ni aun con zancos, á realizar aquella única ambición de su vida, Xirel, informado por don Roque del deseo del párroco, ordenó que se le diese gusto, pagando todos los gastos del viaje. Y don Basilio, más contento que una muchacha el día que la visten de largo, se plantó en la Ciudad Eterna en compañía de otros varios sacerdotes de la capital, cabeza de Arzobispado.

Conviene advertir, que el Cura llevó á las orillas del Tíber el mismo manteo limpio y raído y la misma teja inconmensurable que usaba en las orillas del Genil, con los que, dado lo enjuto de sus carnes y mucha estatura, parecía don Basilio una barrena descomunal.

Y fué «*lo grande, señores,*» como él decía, que al atravesar en distintas ocasiones las calles de Roma, solía exclamar la gente en tono regocijado, señalándome con el dedo: «*¡Guarda don Basilio!... ¡Don Basilio!*»

Y el bendito, llevándose la mano al canalón, saludaba tan satisfecho como curioso, murmurando:—¿Cómo me habrán conocido, y qué querrán que guarde?



XII

De crisálida á mariposa



La noche fué de aquellas en que la gente de buenos sentimientos, arrebuñándose, dedica un recuerdo compasivo á los viajeros y navegantes.

El viento, que zarandeaba las vidrieras, parecía haberse helado en el « Picacho de Veleta, » antes de bajar al valle: la lluvia torrencial convirtió los arroyos en torrentes y los charcos en lagunas: los truenos y los relámpagos se sucedieron con rara tenacidad, como si allá arriba hubiesen

estado haciendo ejercicios de tiro de cañón, desde las oraciones hasta el amanecer. El Genil, para desquitarse de los berrinches que todos los días le hacían pasar aquellos pícaros *caballos*, se aprovechó de la obscuridad, y tomándoles las vueltas, andaba por la vega salido de madre.

Por último, algunos chopos del soto, que quisieron meterse á pararrayos, habían pagado más que con la corteza, su vanidoso intento. Pero tan triste como había sido la noche, era alegre el amanecer.

Don Basilio, sentado junto á la chimenea, pedía á Dios con toda el alma por los infelices que tenemos olvidados en el otro mundo y por los desvalidos á quienes nadie hace caso en éste.

La Contadora, rendida por el sueño y las angustias de la vigilia, que era la oncená pasada junto á la camita de Julín, había inclinado un momento la hermosa cabeza sobre el pecho.

El Procurador Yerbabuena, muy despierto, observaba con gran desconfianza al enfermito, por su somnolencia y calma relativa. De pronto el niño, presa de un





nuevo y más violento acceso de sofocación, se incorporó azoradísimo, con la faz pálida y violácea, inspirando, como si silbara, y respirando con grandísimo trabajo.

El sacerdote interrumpió sus rezos para acudir presuroso; *La Contadora* despertó con las facciones desencajadas, y don Enrique, haciendo un gran esfuerzo, logró ponerse en pie. Entonces Julín, como bate las alas el pajarillo sobre la pita donde se oculta la serpiente que lo fascina para tragárselo, agitó los bracitos buscando aire y, al no encontrarlo, volvió á caer hacia atrás, para levantar el vuelo inmediatamente por encima de todas las miserias de este mundo.

Doña Tránsito dió un grito espantoso: dijérase, que le arrancaban el corazón con un garfio, y sin soltar una mano que el niño le había abandonado al morir, alzó la diestra y los ojos secos al cielo con infinita angustia.

—Arrodílese usted, señora, le ordenó don Basilio con amoroso acento, y demos gracias al Señor, porque de un gusanillo acaba de hacer un ángel.



La infeliz, después de una terrible crisis nerviosa, rompió á llorar, cayendo de rodillas, como el sacerdote y don Enrique.

Un rayo de sol comenzó entonces á abrirse paso á través de los vidrios del balcón, cuyas maderas no se habían cerrado, frontero á la camita del niño. La escarcha que los empañaba rodó convertida en gotas que parecían lágrimas, y la luz, como un nimbo de oro, rodeó, tibia y cariñosa, la pálida cabecita de Julín.





XIII

**Don Enrique y doña Tránsito comienzan
á ajustar cuentas**

El amor, como los humanos, de niño y de viejo es muy egoísta y exigente.

De las cuatro estaciones, estoy por el tiempo de la vendimia. Encuentro más poesía en el Otoño que en la Primavera.

Los hombres de corazón joven y buena naturaleza no quieren de veras hasta los treinta años.

Sus pasiones anteriores son como diamantes americanos ó pompas de jabón.

El muchacho sólo piensa en que le quieran porque sí, y no se cuida de la moneda en que paga.

Camina sin apreciar el paisaje; sin fijarse en el suelo que pisa, ni abarcar el horizonte que columbra, ni tener en cuenta lo que deja á la espalda.

Va saltando como un falderillo delante de la novia, pidiéndole caricias continuamente y, á la menor contrariedad, se convierte en perro de presa.

En cambio el hombre que pasó de los treinta años, con corazón y estómago en buen uso, ofrece el brazo á la mujer amada, no sólo para que se apoye, sino para llevar el mismo paso que ella y ayudarle y ayudarse mutuamente en un tropezón. Y va haciéndole notar las bellezas del paisaje, fijándose más en los frutos que en las flores, y...

No soy yo quien así discurre: era el Procurador Yerbabuena, con esa filosofía que á todos suelen inspirarnos nuestros antojos y la propia conveniencia.

Digno de Gedeón sería dar ahora la noticia de que el bueno de don Enrique estaba enamorado, hasta las cachas, de

doña Tránsito. Pero conviene advertir, que transigía ya también con la idea del matrimonio, y hasta iba preparándose á provocar la escena de *populo barbaro* que habría de armarle Edelmira, su tirano doméstico, no bien se enterase de tan estupenda novedad.

Quedaba, sin embargo, el rabo por desollar, y era éste más largo que el de los *panderos* que remontan los muchachos en las azoteas de Sevilla.

La Contadora se dejaba querer, y nada más. No estaba madura aún.

Cuando las horas y la reflexión calmaron un poco los dolores agudísimos en la herida que manaba sangre, doña Tránsito comenzó por afinar el detenido estudio que venía haciendo desde la muerte de don Roque, de su propia situación y porvenir, concluyendo por amalgamar tales discursos con muy atinadas observaciones relativas al carácter y virtudes de Yerbabuena.

La Contadora recordó la enfermedad de Julín día por día, minuto por minuto.

Aquel hombre tenía un corazón muy

grande, y no era más pequeña su fuerza de voluntad.

Los asiduos cuidados que había prestado al niño, sus desvelos, le hicieron recaer, y fué preciso aplazar aún por dos semanas la entrega de la administración y las presentaciones del Ayuntamiento, arrendadores, dependientes inmediatos de la casa, como guardas, criados de labranza y cuanta gente de más ó menos calidad y suposición había de rendir pleito homenaje al nuevo señor Contador del muy ilustre Conde de Xirel.

Cuando el doctor Duarte dió, por fin, de alta á don Enrique, cuidado á cuerpo de rey por doña Tránsito, en la recaída, que fué como poner yesca junto á un brasero, se convino en dejar para más tarde las presentaciones y dar comienzo inmediatamente á la entrega formal de la administración por el examen al pormenor de cuentas, papeles, notas, libros y memorias.

Aquello era un asombro de celo, inteligencia y honradez, y todo estaba tan claro, que un bachiller en artes, acabado de salir del Instituto, y con mediano

talento, en una semana hubiera podido hacerse cargo, formar cabal juicio de todos los resortes de tan complicada máquina.

Pero el Procurador Yerbabuena se ha-



bía propuesto prolongar cuanto fuera preciso á sus planes de conquista, aquellas para él deliciosas sesiones en la camilla, frente á frente de doña Tránsito.

Ésta se explicaba con toda claridad; pero don Enrique se hacía el torpe acribillándola á preguntas y suscitando continuos incidentes.

Conviene advertir que Edelmira asistía casi siempre á la sesión, sin tomar parte en ella, leyendo junto á la chimenea *La esclavitud femenina*, por Stuart Mill.

Aquello prometía no concluirse nunca. *La Contadora*, muy al cabo del juego, rechinaba á menudo los dientes y parecía quererse comer con los ojos á Yerba buena; pero no pasaba el cuento más adelante por la presencia de Edelmira.

El Procurador correspondía á las mímicas irritaciones de su amada con la dulce sonrisa de siempre, y doña Tránsito concluía por sonreirse también, murmurando:

— ¡Jinojo, rejinojo, con el hombre!
¡Debe de tener la sangre más pesada que el azogue, y me pudre la mía!



XIV

La madeja se enreda

.. «Y así las horas rápidas pasaban,» pasando á doña Tránsito al calor de las miradas abrasadoras de Yerbabuena, tan fino amante como Marsilla y más testarudo que un devoto de la Pilarica.

Conviene advertir, para que vayamos atando cabos, que Edelmira, considerándose ya ama de la casa, mientras duró la enfermedad de Julín y la recaída de Yerbabuena, en el comedor que conocemos, había recibido corte.

Las comadres del pueblo, tomando por pretexto el vivo interés que les inspiraba la salud del chico y del grande, invadieron la Casa-Administración, estableciendo

allí concurridísima tertulia, en la que se coló bonitamente Bandolina.

Debía éste su apodo, á gastarse gran parte del sueldo de secretario del Ayunta-



miento en cosméticos, brillantinas, aguas y jabones olorosos.

Bandolina había asistido en sus mocedades á las aulas universitarias con Xirel, sin llegar á concluir la carrera de leyes, por gustarle, más que manosear el tomazo que don Benito Gutiérrez escribió sobre

ampliaciones del derecho civil, sacar lustre á las losas del Zacatín, de tanto pasear sobre ellas.

Aficionadísimo al libro de las cuarenta páginas y abonado á las cenas en casa del *Ché*, almejas con salsa picante y vino de la costa, se doctoró después en la Academia de Perico Manguela, famoso gorrón é invencible esgrimidor del sable.

Por fin, mi biografiado concluyó por vivir á costa de Xirel, quien decidido á desprenderse, en parte, de aquella lapa, le dió la secretaría del Ayuntamiento de la Torre de Archal, para que se remediase.

Bandolina no se satisfizo con la piltrafa: cifraba toda su ambición, ¡ahí es nadal en llegar á ser Contador de la casa de su amigo, para dar de ella buena cuenta.

Convencido de que era inútil proponer á Xirel tamaño despropósito, quiso besar el santo por la peana, é intentó la conquista de doña Tránsito, que no le honró, burlándose siquiera de sus descabelladas pretensiones.

Ingrato y soberbio, Bandolina juró guerra á muerte á la casa del Conde y á la

buena moza, y con una tenacidad que no había empleado en el estudio del derecho, ni en nada bueno, comenzó á labrar su tela de araña. ¿Quién no tiene enemigos en este mundo? ¿Quién es tan pequeño, tan insignificante, que no logre hacerse temible en ocasión propicia, si la venganza es su norte?

Edelmira había vaciado el saco de sus impertinencias en aquellas tertulias de velatorio, poniendo en ridículo al Procurador Yerbabuena.

Muy pronto corrió por el pueblo la noticia de que el nuevo Contador era un viva la Virgen, un infeliz, una estatua de pan *mascao*.

La gente mala, que allí abunda, como en todas partes, considerándose libre ya del freno que por tanto tiempo le había hecho tascar *La Contadora*, vislumbró la tierra de promisión.

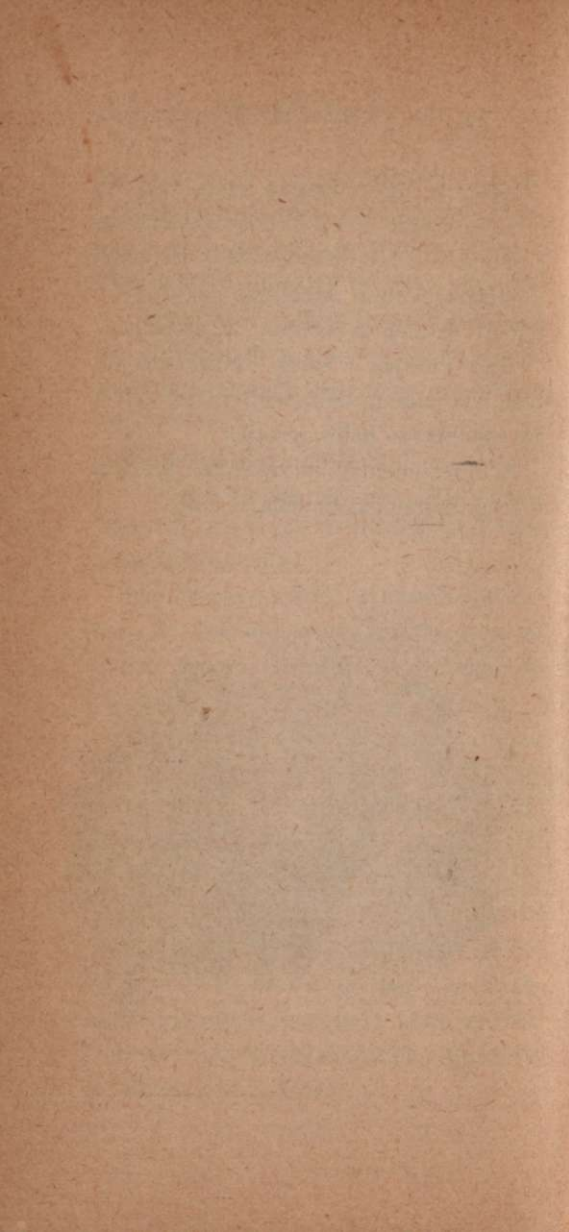
Bandolina, comprendiendo que Edelmira podía ser la palanca para mover aquel mundo, como grajo que á falta de mejor pitanza se abate á la carne muerta, comenzó á enamorar á aquella especie de paraguas todo varillas.

La cursi, que jamás se había visto en otra, se rindió á los primeros flechazos, cerrando el libro de Stuart Mill, de golpe y porrazo, porque Bandolina llegó á pronunciar la mágica palabra ¡casamiento!

Don Enrique y doña Tránsito no sabían una palabra de la marimorena que á sus espaldas se había armado.

Acontecimientos imprevistos vinieron á echar carretadas de leña al fuego.





La madeja se convierte en maraña



Con más estrépito y no menos velocidad que perro con lata de petróleo colgada del rabo, corrió por el pueblo la noticia de que el Con-

de de Xirel se había arruinado casi, jugando á la bolsa.

De la capital llamaron á don Enrique apresuradamente y tuvo que dejar á Edelmira confiada á *La Contadora*.

Durante la breve ausencia del Procurador Yerbabuena, faltó poquísimo para que do-

ña Tránsito, enterada de pe á pa de los manejos de aquel escuerzo, no le arrancase el moño.

Coincidió la quiebra de Xirel con la caída del gobierno y con la noticia de que muy pronto aparecería en la *Gaceta* el Decreto de convocatoria para elecciones generales de Diputados á Cortes.

Un poderoso cacique afiliado al partido que acababa de subir al pescante, puso los ojos en Torre de Archal, pueblo de importancia en el distrito, por el que pensaba presentarse candidato, impuesto por el Gobierno.

Bandolina, por bajo de cuerda, se le ofreció como agente electoral, si se cambiaba en seguida el Ayuntamiento. Para la suspensión, destitución y procesamiento, á ser preciso, el Secretario prometió allanar el camino.

Xirel harto tendría con mirar por sus propios desdichados asuntos, para distraerse en semejantes minucias políticas. Pero aun suponiendo que descendiera á ordenar al Procurador Yerbabuena que apoyase tal ó cual candidatura de oposición, era muy distinta la lucha con el

infelizote de don Enrique, que con doña Tránsito, arrojada de su pedestal.

Por supuesto que Bandolina, que veía más despejado su porvenir, no bien tuvo noticia exacta de aquellos sucesos, decidió plantar en seco á Edelmira, después de servirse de ella como instrumento inconsciente.

Con redomada astucia extremó el galanteo, reiterando sus juramentos, y como doña Tránsito le cerrase la puerta en las narices, el falso Tenorio obligó á doña Inés á salir á la ventana, á lo que ya no se opuso *La Contadora*, temiendo provocar un escándalo mayúsculo.

Es obvio, que en toda pieza musical, cualquier nota, aun la que parece insignificante, tiene, á más del valor propio, otro en inmediata relación con el conjunto harmónico.

Así también acontece en la vida, y más en el amor, que no es otra cosa que aquella, vista á través de un cristal de aumento.

No se extrañe, pues, que me detenga un instante en puntualizar ciertas pequeñeces.

Al detenido estudio hecho por doña Tránsito del raro carácter y singulares virtudes de Yerbabuena; al aprecio que le merecía la forma respetuosísima con que á cada paso le demostraba su pasión, fué sumando tan garrida hembra las variaciones importantes que en el físico y en las costumbres de don Enrique se habían operado en poco tiempo, é iban á operarse muy pronto.

Eran consecuencias inmediatas y naturales, las unas de los pasados sufrimientos, é hijas legítimas las otras de la fuerza de voluntad de Yerbabuena.

El procurador había perdido, durante su enfermedad, peso y volumen: sus ojillos, al deprimirse la curva de los mofletes, parecían ahora más grandes: las manos afiladas, el pie menos corto: el color ligeramente pálido, resultaba más poético y varonil, el individuo, en fin, más alto, esbelto y ágil.

Don Enrique que, según Edelmira, no había sido nunca madrugador, ni aficionado á andar, se levantaba con el día y daba grandes paseos á pie. Pero como ni en el coche de San Francisco, ni en el de

la Administración era posible recorrer todas las fincas de la casa, Yerbabuena se dió de narices con un gran conflicto.

¿Cómo olvidarse de su desgraciado arribo al pueblo?

Por otra parte, era preciso aceptar como



un hecho indiscutible, que á la desgraciada raza de la burra de Balaam de nada le ha servido, para ennoblecerse, que el Redentor del mundo la prefiriera á toda otra, para hacer su entrada triunfal en Jerusalén.

El Contador del Conde de Xirel, para conservar prestigios y cumplir con sus

deberes, tenía necesariamente que montar á caballo.

Don Enrique, después de dar muchas vueltas al asunto, llamó á Ambrosio y celebró con él una larga conferencia.

El veterinario, que era además gran jinete, ofreció á Yerbabuena poner como una seda á la Pispa... yegüecita muy noblota y de buena estampa, que montaba uno de los guardas jurados del Conde.

Doña Tránsito, por más que el Procurador había encargado el secreto, tuvo muy pronto noticia del caso, y aplaudió en silencio tan varonil resolución, convirtiéndola en substancia: quiero decir, que la consideró como un sacrificio más, sumable al haber del pretendiente.

Tampoco pasó inadvertido para *La Contadora* el tesón con que, en las mejores formas, se negaba en absoluto Yerbabuena á transigir con las exigencias y morosidades injustificadas de muchos colonos, soliviantados ya por las malas artes de Bandolina.

Por último, el discurso con que el nuevo Contador respondió al del Alcalde, el día de la recepción oficial, ofreciendo res-

petar las tradiciones de la casa, si bien atemperándolas á las circunstancias, pareció obra de catedral á doña Tránsito.

Decididamente, la sonrisita bonachona de don Enrique, disfrazaba *un carácter*, como, á veces, mala cortina de percal cubre un cuadro de Velázquez.

—¡Qué lástima! llegó á exclamar la buena moza para su limpio corpiño. Si este hombre tuviese arrestos como tiene cale- tre y buenas entrañas, no me quedaba yo para vestir imágenes, ni para sentarme después en *el poyetón*.





XVI

Don Basilio es nombrado embajador

En estas y las otras, concluyó la molienda de la aceituna y la caza de los zorzales.

Los días comenzaron á ser más largos; las chimeneas se apagaron y las ramas de los árboles se llenaban de botones.

Al volver don Enrique Urdiales de la capital, confirmó á *La Contadora* á espaldas de Edelmira, las malas noticias que habían corrido por el pueblo.

Supo aquélla entonces con honda pena, que toda la hacienda que poseía el Conde en Torre de Archal, estaba hipotecada; que con la fuerte suma, tomada á préstamo, se habían pagado las deudas más apremiantes, reservándose Xirel un pico muy respetable, con el que se marchó al extranjero, dejando instrucciones reservadas á su apoderado general.

El Procurador Verbabuena, muy lacónico en esta ocasión, contra su costumbre, y como si quisiese poner término á la conferencia, se levantó del asiento, y mirando cara á cara á doña Tránsito, sin una pizca de la ternura de siempre, le dijo:

—Y, ahora, amiga mía, ¿será usted tan generosa que, en obsequio al señor Conde, se preste á ayudarme, como hasta aquí, unos días más?

—En absoluto, respondió aquélla sin vacilar; pero como usted comprenderá, yo no puedo decorosamente seguir viviendo en familia con la que no es la mía. Harto sacrificio me impongo con permanecer un día más en este pueblo y en esta casa, cuando ya tenía resuelto trasladarme

inmediatamente á la capital y fijar allí mi residencia.

—También en ello pensé, y previendo que usted había de poner tan justo reparo á mi súplica, he tratado el asunto con el Padre Basilio. En su casa podemos instalar á usted, trasladando á ella lo más indispensable de sus muebles propios. Creo que esto todo lo concilia por el momento: después, Dios dirá. ¿Le parece á usted bien?

—De perlas.

—Pues, muchísimas gracias, amiga mía, en nombre de su excelencia y en el mío propio.

Y el Procurador tendió la mano á doña Tránsito para firmar el pacto.

La Contadora salió del despacho de don Enrique echa un mar de confusiones.

¿Cómo explicarse aquel cambio repentino y radical? ¿Era que Yerbabuena, según ya nos dijo la sobrina, fiel á sus antiguos procedimientos, recogía velas antes de comprometerse? ¿Habría dado oídos á cualquier infame calumnia echada por Bandolina en el buzón de Edelmira?

Doña Tránsito no recordaba haber

dado, hasta entonces, pie ni mano á don Enrique para que la galantease, y por consiguiente, no estaba tampoco en el caso de tolerar su despego.

—¡Jinojo, no faltaba más, sino que ahora me diese calabazas ese tarro de cabello de ángel, como si yo le hubiera perdido su blanca mano! Pues va á ver lo que es bueno, y si no tiene horchata en las venas, lo voy á derretir lo mismo que un sorbete puesto al sol.

Pero muy pronto se convenció doña Tránsito de que Yerbabuena seguía ardiendo como la estopa, cuando ella, violentándose un poco, se dejaba atrás una miradilla intencionada.

Sorprendió extraordinariamente á don Enrique aquel cambio, siquiera la hermosa jamona, antes tan ingrata, tampoco prodigara ahora sus sencillos coqueteos, que más y más cautivaron á mi hombre.

Le parecía, como si la primavera se le metiese dentro del cuerpo, cuando doña Tránsito le miraba con complacencia. Pero las pocas veces que esto sucedía, en ocasiones en que era casi imposible que nadie se hiciese cargo de ello, Yerba-



bueno, bajando los ojos como un doctrino, procuraba quitarse de en medio.

Irritada doña Tránsito, presa de mortales dudas, por no poder descifrar aquel enigma, y repugnándole provocar una explicación directa, decidió desahogarse con



don Basilio, después de pensarlo mucho y nombrarle su embajador.

Claro está, que abordó la cuestión como si se tratase únicamente de poner á salvo la honra.

— El caso es este, padre mío; no necesito recordar á usted todo lo sucedido desde el punto y hora en que el nuevo Contador del señor Conde, con su anti-pática sobrina se apearon por las orejas

á las puertas de esta casa. Pues bien, desde aquel día, ese buen señor ha venido demostrándome un afecto, que cualquiera hubiese tomado por otra cosa. Pero corren voces de que su excelencia se arruinó en Madrid, llaman á don Enrique de la capital, y cádate que viene vuelto del revés, como un calcetín. Toda aquella pasión se ha convertido en ceremoniosas muestras de agradecimiento. Ya usted sabe el terreno que va ganando Bandolina entre nuestros enemigos, á los que, en nombre del candidato, les ofrece el oro y el moro; que muchos, aun de los que siempre nos fueron fieles y sumisos, andan retraídos y á ver venir; que yo todavía puedo algo sola, y mucho más caminando de acuerdo con el señor Contador... ¿comprende usted que es fácil que me haya levantado aquel mal bicho algún falso testimonio, para indisponerme con don Enrique, dividirnos y realizar más fácilmente sus reprobables propósitos?

—Puede ser muy bien lo que tú dices, por más que yo no observé variación ninguna en el señor Contador, que me parece la persona más cabal de cuantas he

conocido, mejorando lo presente y sin ofender á nadie. Lo que no veo es á dónde vas á parar.

—Pues quiero sencillamente, que me haga usted el señalado favor de hablar con don Enrique en mi nombre y preguntarle, á qué se debe el cambio brusco que yo he notado en su trato.

Un erizo le pareció al dignísimo cura el encargo que le confiaba *La Contadora*; pero dispuesto siempre á realizar el bien, aceptó la embajada, obligándose á desempeñarla con todo el acierto que Dios le diese á entender.

Si don Basilio cumplió bien ó mal su cometido... eso se verá en el capítulo siguiente.



XVII

Don Basilio devana

Como la buena intención suple algunas veces, aunque pocas, al talento, y el lenguaje de la sinceridad es casi siempre elocuentísimo, el Padre Basilio logró, sin gran esfuerzo, salir del empeño que le había confiado doña Tránsito, tan airoso, como el más hábil diplomático de los tiempos en que no se conocían el ferrocarril ni el telégrafo.

El Procurador Yerbabuena había abierto su corazón al cura de par en par, como si se confesara.

Don Basilio no cabía de gozo en su raída sotana. ¡No haber caído él, hasta entonces, en que don Enrique era un estu-

che, que ni pintado, para la joya de doña Tránsito!

El señor Contador estaba enamoradoísimo de ésta, y decidido á llevarla ante el altar, aunque fuese en brazos y hasta la ermita del calvario.

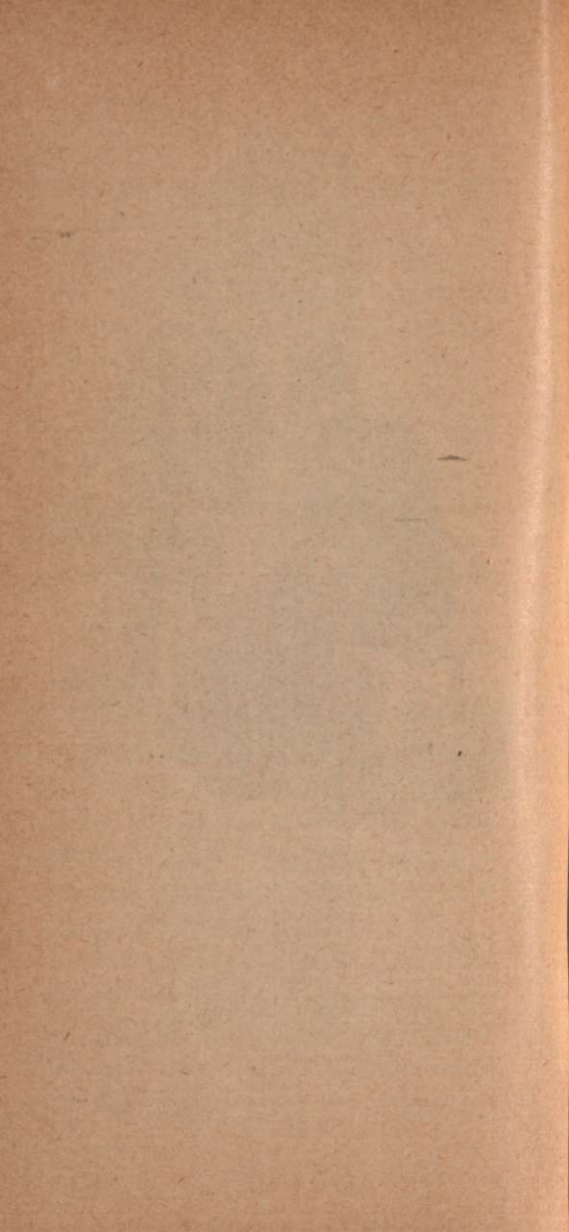
Reconocía por causa el cambio radical operado en la conducta de don Enrique su extremada delicadeza, miramientos tan sutiles, que rayaban casi en escrúpulos de monja. Así llegó á calificarlos el cura al dar cuenta á doña Tránsito del resultado de la embajada.

El señor Contador discurría de esta suerte, poco más ó menos:

—Necesariamente la ruina completa de la casa de Xirel (que se vislumbraba), influirá por modo directísimo en mi porvenir. Del paraíso soñado, (en el que, con Edelmira, ni la serpiente faltaba), tal vez será preciso salir más que de prisa, para volverse á la procura.

Por lo mismo que quiero á doña Tránsito con toda mi alma, me repugna la idea de asociarla á mis trabajos. Ella descien- de de un trono, y yo sólo puedo ofrecerle una silla coja.





Noble, galante, beneficioso para todos, y perdóneseme la inmodestia, hubiese sido decir á la dueña de mi albedrío, cuando las cosas tocasen á un punto en que la proposición no le repugnara:

—No descieras del solio que honraste; pero déjame ocupar á tu lado un sitio muy pequeño. Aunque tenga que sentarme de media anqueta, me verás siempre contento.

Pero la Providencia parece disponer las cosas de otro modo. Declararme ahora á doña Tránsito, la que, por otra parte, no da seguras muestras de corresponder á mi cariño, sería como invitarla á roer un hueso.

No hay para qué decir, que los comentarios añadidos por don Basilio á las anteriores razones, fueron todos favorabilísimos á Yerbabuena, cuya figura creció, lo menos, un palmo, á los ojos de doña Tránsito.

El excelente párroco concluyó por decir á su hija de confesión:

—Mira, tú: si, como espero y deseo, llega el caso de que os eche las bendiciones, para conservación y aumento de los

intereses del señor Conde, que son los de este pueblo, ese día será para mí casi tan alegre, como aquel en que Dios me concedió la dicha de verme en Roma. Decídete, hija mía: yo tengo, como sabes, un corazón muy leal: don Enrique me parece el dedo y tú el anillo.

— Dios le pague á usted la buena voluntad, padre mío, como yo se la pago, y puesto que usted me conoce á fondo, y no de ayer mañana, voy á serle franca como lo fué don Enrique.

Yo no sé decir con certeza, si lo que ha sabido inspirarme ese hombre es nada más que admiración, respeto y grandísimo agradecimiento, ó es también cariño. ¡Como soy nueva en el oficio, no es extraño que me cueste trabajo distinguir de colores! Pero es lo cierto, que me desesperan estas dudas, y en ocasiones hasta llego á sentir remordimientos por no corresponder al cariño de don Enrique como él se merece ¿Qué quiere usted que yo le haga, señor cura? Se me antoja que, precisamente por parecerme demasiado bueno ese hombre, no me acabo de decidir. Usted debió ya maliciárselo, porque algo

de ello le indiqué; estoy cansada de dirigir este cotarro, de servir de niñera. Sería para mí insufrible, que al hombre que se casase conmigo le llamaran el marido de *La Contadora*; que yo tuviese que sacar la cara por él, y...

—Vamos, que el dulce te empalaga, ¿verdad, mujer? Que desees ya arrojar los pantalones y que otro los lleve.

—Justo, padre mío: que, como en Castilla, sea aquí el caballo quien lleve la silla.

—Mira, no vaya á repetirse la fábula de las ranas pidiendo rey.

—¡Ojalá se repitiese, padre mío; pero no se repetirá!

—¿Qué sabes tú, mujer? «Cuando Dios quiere, con todos los aires llueve.» Y bastante hemos hablado hoy del asunto. Ahora, con tu permiso, voy á dar el último vistazo á mi iglesia, para que mañana comiencen con su mes «las flores de María.»



XVIII

El ovillo

El día de la Ascensión, uno de los tres jueves notables, amaneció aquel año muy hermoso en Torre de Archal.

Dijérase, que la tierra estrenaba ropa para celebrar la fiesta que conmemora precisamente el abandono del mundo por su Redentor.

Los pajarillos, que duermen en las arboledas del soto, despertaron animadísimos y tan parleros como congreso de diputados, cuando á uno de ellos le ajustan la cuenta de los trapos sucios.

Las malvas reales de los arriates que circundan el castillo, destacaban sus mag-

níficas flores con sin igual coquetería sobre las verdes enredaderas.

Deslizábase el Genil perezosamente, condescendiendo con los *caballos*; «Parapanda» no se cubría ni con un mal solideo, y en el cielo tampoco se divisaba la más insignificante nubecilla.



Doña Tránsito se había levantado al amanecer, para espolvorear con afrecho los parajes más húmedos del jardín, y á este reclamo infalible acudieron cientos de caracoles y algunas babosas que infestaban los viveros. Pero, como no hay mal que por bien no venga, los cerdos se desayunaron opíparamente con un dornajo de orujo de aceituna ablandado en agua caliente y todos aquellos bichejos machacados. Miento: *La Contadora*, antes de

proporcionar este rancho extraordinario á los hermanos del escudero de San Antón, había llenado un canastillo con los caracoles más pequeñitos y más finos.

Recordaba haber oído decir á Edelmira, en tono de burla, que á su tío le gustaban mucho guisados con cierta salsa picante, parecida, á la vista, al adobo de las aceitunas que aliñan en el país.

Y para que la sorpresa fuese completa y el guiso servido con todo su carácter local, doña Tránsito cortó una larga espina de aromo, clásico tenedor del que se sirven por allá los aficionados netos para sacar de sus casas á los tiernos cornudos.

Por último, eran tan grandes los deseos que sentía aquella mañana *La Contadora*, de complacer á todo bicho viviente, que se entretuvo ¡ahí es nada! en coger un plato de fresas para Edelmira.

A las diez, muy emperejiladas, fueron las dos señoras, con escolta de la servidumbre de ambos sexos, á la función religiosa.

Don Basilio, inspiradísimo en el púlpito, logró cautivar la atención de los hombres, sin excluir á Bandolina, que

asistía con el Ayuntamiento, y que hiciesen tiernos pucheros mocitas y viejas.

Pero como el cura tenía un alma muy hermosa, más que por el triunfo oratorio, se alegraba con toda ella, considerando el bien que podría procurar el sermón á los feligreses.



En fin, que la mañana se presentaba con muy buena sombra en el pueblo, y como heraldo de uno de esos días que forman época en la vida.

Con ser así, el cielo y la tierra, vistos separadamente ó juntos, no conseguían reflejar tanto júbilo, como el que pregonaba á voz en grito la fisonomía de Yerbabuena.

De vuelta de la capital, caballero en la Pispá, se le antojaba estrecha la carretera, interminable, y siglos le parecían los mi-

nutos que le faltaban para apearse á la puerta de la Casa-Administración.

¡Qué sorpresa tan grande iba á causar la noticia á doña Tránsito, á don Basilio, á Ambrosio... á todos los amigos fieles y servidores leales!

Xirel, no sólo había rehecho su fortuna, sino que regresaba del extranjero más rico que nunca.

¿Cómo se había realizado el milagro?

Pues por un capricho de la suerte, hermano del que produjo la quiebra del Conde.

Y al que le parezca inverosímil el suceso, que se tome la molestia de venir á casa y le enseñaré pruebas de que es rigurosamente histórico.

Continúo.

Dos semanas antes de la Ascención, recibió don Enrique una carta del apoderado general, que residía en Madrid.

En ella ordenaba, que se reservasen todos los votos, después de declarar la más franca oposición al candidato oficial.

El nombre del apoyado por el señor Conde, ya se diría á última hora.

Cuando Bandolina tuvo conocimiento

de ello, dió un brinco tan grande, como si hubiese metido la mano en un avispero, é interrogó en vano á Edelmira, que no sabía una palabra de aquel enigma.

La suerte estaba echada; el Secretario, por haberse descubierto demasiado, ya no podía retroceder.

Su única salvación había que esperarla del triunfo electoral.

— ¡Votos y más votos!... ¡A formar, como el escarabajo, la inmunda pelotilla, cueste lo que cueste! pensó aquel granuja, y puso manos y pies en la obra.

Cortado, que ni de encargo, por el repugnante patrón de muñidor electoral, Bandolina redobló sus esfuerzos, prometiendo sin tasa, y amenazando á diestro y siniestro.

¡Qué triste es, que una mala cerilla baste para reducir á cenizas la Biblioteca del Escorial! ¡Que dos palabras calumniosas consigan dar en tierra con la reputación más sólidamente cimentada! ¡Que media docena de hachazos abatan la encina secular, y que un perdigoncillo corte el vuelo y la existencia del águila altanera!

Y es, que al Dios de las misericordias, al reservarse la facultad creadora de todas las cosas, le plugo favorecer al hombre, permitiéndole que se complazca en alterar la forma de algunas.

Así se explica, que la semilla del mal no necesite ni buena tierra, ni abono apropiado, ni riego abundante para brotar y desarrollarse con vigor y lozanía.

El Secretario desbrozó todos los caminos que podían conducir hasta el *árbol caído*, y la mayoría de los archaleros se apresuraron á *hacer ieña*.

El Ayuntamiento se había cambiado á gusto de Bandolina, á quien el candidato oficial envió media docena de credenciales de menor cuantía, que el novio de Edelmira repartió con mucho tino.

El domingo venidero debían verificarse las elecciones: el Secretario llevaba casi ganada la partida... pero la reacción que produciría en el pueblo la noticia de la vuelta del Conde en circunstancias tan semejantes á las de don Juan Tenorio, cuando visita por primera vez el cementerio de sus víctimas, derrumbaría seguramente la obra de Bandolina, como vienen á tie-

rra de un capirotazo los castillos de naipes.

Pero sigamos á Yerbabuena: felizmente para todos, el término de la jornada se aproxima.





XIX

Carrera de baqueta

El Procurador Verbabuena llegó, trotando largo, hasta la entrada de Torre de Archal.

Allí refrenó á Pispa y la puso al castellano, porque se veían moros en la costa.

Junto á las ruinas del pósito tres mozalbetes, de lo peorcito del pueblo, se entretenían, al parecer, en tirar aviones.

Acercarse don Enrique y disparar las escopetas, los tres á un tiempo, fué la misma cosa. Pero como el jinete estaba sobre aviso, resistió gallardamente la huída de costado, y los dos saltos que dió después la yegua, al correrle las vaqueras desde la cincha al cuadril.

El Contador había aprovechado las lecciones del veterinario.

Dominada la yegua, y puesta de nuevo al paso, don Enrique se torció en la silla, é hizo á los cazadores de pega el más cómico saludo, gritándoles al propio tiempo:

—Amigos míos... este avión no cayó: devolved el dinero á quien os ha alquilado.

Con lo que se quedaron como cirios ardiendo y expuestos á una corriente de aire.

Más adelante, de una mala tabernilla, al principio de la calle-carretera, salió un perro de presa azuzado y dispuesto á morder á Pispá en los corvejones.

La yegua volvió á alborotarse; mas por fortuna Ambrosio, que andaba por allí, y no ciertamente á humo de paja, acudió

con mucha oportunidad, y con un buen garrote en auxilio de *sus clientes*.

El pobre can, dando alaridos, desanduvo el camino, más de prisa que cohete ratero.

—Dios te lo pague, Ambrosio, le dijo el Contador: te aguardo en casa á las oraciones: no faltes: cenarás conmigo.

—Muchas gracias, don Enrique, y pierda usted cuidado, que no faltaré.

Cerca ya de la Torre, la calle se ensancha, á manera de plaza: á uno y otro lado se ven las casas del Ayuntamiento, Casino de artesanos, puesto de la Guardia civil, botica y barbería. Es este punto, verdadero centro de la poblacion, mercado por la mañana y paseo por la tarde.

La de que hablamos estaba concurridísimo. Interrumpiendo el paso en la carretera, varios grupos se habían situado en mitad de ella, y hablaban, á voz en grito, de las elecciones al caer, con más calor, que si se tratara de la cosecha perdida, ó de la que prometiese enriquecerlos.

En las aceras, sentados en recias sillas de olivo y enea, unos pocos vecinos pací

ficos, indiferentes, desengañados ó leales á Xirel, tomaban el fresco.

A la puerta de su oficina el *maestro Sonsoniche* punteaba *soleares* en la guitarra, con mucho estilo y no menos sentimiento.

Las mocitas que ponían el mingo en Archal, de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, cogidas del brazo, iban y venían, limpiísimas, dicharacheras y con un jardín en cada rodete.

Y en el largo balcón municipal, Bandoлина, sin careta ya, y accionando mucho, daba sus órdenes al Alcalde presidente y á los dos concejales de mejor ropa.

Cuando don Enrique, á eso de las cinco, apareció al principio de la calle, pudo notarse un movimiento general en el público.

Algún grupo se deshizo; otros engrosaron; salió más gente á las puertas y ventanas, y no faltaba tampoco quién, imitando á Bandoлина y á los concejales, se metió dentro de casa.

Aunque Yerbabuena, advertido, procuraba ir sorteando los grupos, éstos, haciéndose los sordos á las prevenciones del





jinete:—¡Eh! ¡Ahí va! ¿Hacen ustedes el favor?...—ensanchaban ó reducían el círculo, cortando el paso á Píspa, á fin de provocar un atropello.

Como guardia civil de caballería delante de la procesión, el Contador, sufriendo aquella indignidad, no perdió un momento la paciencia, ni dejó de sonreír.

Por cierto, que el veterano cabo de la benemérita, á la puerta de la Casa-cuartel, se retorció el bigote con rabia, murmurando:

—¡Lástima que no pueda uno tirar del abanico pa sacudirle el *porro* en las espaldas á esos granujas sin vergüenza, que se *pitorrean impurnemente* con un caballero tan cabal! ¡¡Política... basura, digo yo!!

Por fin, logró don Enrique llegar sano y salvo, hasta la Casa-Administración; pero, al irse á apearse de la yegua, cuya brida tenía Manano, se escucharon varios silbidos, y un troncho disparado con muchísimo tino, derribó el hongo de Yerba-buena.

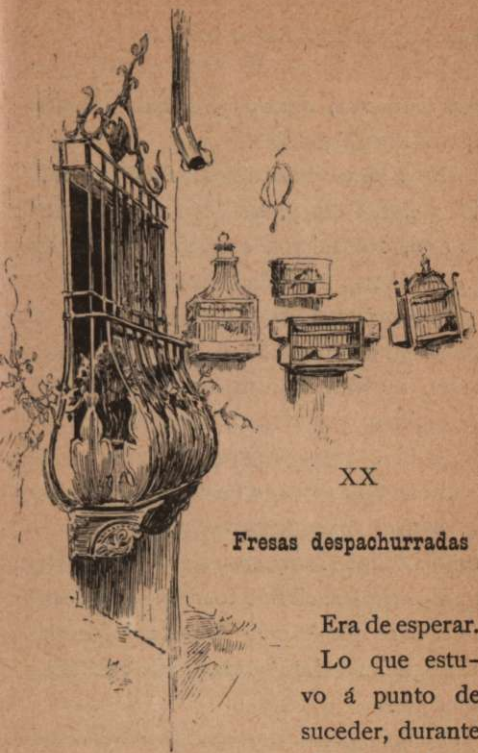
Nuestro hombre ni siquiera volvió la cabeza y entró resueltamente en la casa.

Los cuatro primeros silbidos se con-

virtieron entonces en una pita monumental.

Don Basilio, con las facciones alteradas, salía al encuentro del Contador, y le detuvo en mitad del zaguán.





XX

Fresas despachurradas

Era de esperar.
Lo que estuvo á punto de suceder, durante el primero de los

viajes del Contador á la capital, aconteció el día de la Ascensión, precisamente con motivo del obsequio de las fresas.

Semanas hacía, que las relaciones entre *La Contadora* y Edelmira se limitaban á saludarse con mucha ceremonia y á cru-

zar, rara vez, cuatro palabras absolutamente indispensables.

Doña Tránsito comía en familia con la del señor Cura y, también acompañada de éste, despachaba con Yerbabuena un par de horas, los más de los días.

La entrega formal y definitiva de la administración estaba á punto de terminarse, no embargante las innumerables tranquilas que don Enrique había ido poniendo. Pero los aprestos para la batalla electoral, que se hacían, naturalmente, con el valiosísimo concurso de doña Tránsito, interrumpieron de golpe la faena administrativa, siendo también causa abonada para que se multiplicaran las entrevistas del rendido amante y la irresoluta doncella.

Circunstancias del momento hicieron que dos ó tres veces fuesen aquéllas privadas, es decir, sin que las autorizase la presencia de don Basilio ni de Edelmira.

Por otra parte, sin deliberado propósito, calificable de coquetería, *La Contadora*, distraída, se quedaba alguna vez mirando al Procurador con marcada delectación, como se contempla la obra de

arte, el bonito paisaje... ó se escucha la música de una parranda que se aleja.

A Yerbabuena, en tales momentos, se le caía la baba y la pluma de la mano.

De todo esto tomaba apuntes Edelmira, abultando los hechos, y, si en principio no llegó su malicia á suponer que pudiesen existir relaciones ilícitas entre *Los Contadores*, Bandolina, riéndose de la candidez de su novia, se dió buena maña para hacerla dudar primero, y *cerciorarse* luego de semejante infamia.

Doña Tránsito, sin conocer, por supuesto, la verdadera causa, se hacía cargo del aborrecimiento que inspiraba á la sobrina de don Enrique.

Así y todo, dejándose llevar el día de la Ascensión, de un impulso misterioso, inexplicable, de obsequiar á todo el mundo, por sentirse ella muy feliz, cogió las fresas, sabiendo que le gustaban mucho á Edelmira. Como no iba buscando su agradecimiento, ni quería tampoco exponerse á recibir un desaire, encargó á Manano que llevase el obsequio, como cosa suya, y guardara el secreto.

La Avispa, (nombre por el que ya era

conocida en el pueblo la novia de Bando-
lina), no se tragó la píldora de que seme-
jante galantería hubiese podido ocurrir á
tan rudo servidor; porque ni éste, ni los
otros, machos y hembras, demostraban el
más mínimo afecto á la joven.

No bien volvió ésta de la función reli-
giosa, comenzaron las indagaciones.

Uno de los jornaleros que trabajaban
en la huerta, contó lo que habían callado
los domésticos.

Edelmira, entonces, con el mismo Ma-
nano, devolvió á *La Contadora* el ces-
tito de fresas, acompañada de una esque-
la, más que concebida, abortada, en estos
términos:

«Señora mía: devuelvo á usted esa
fruta (que ha cogido, sin tener ya de-
recho á hacerlo), porque no acostumbro á
aceptar regalitos de las damas á quienes,
los que no son ni sus padres, ni sus mari-
dos, obsequian clandestinamente.»

Doña Tránsito, al leer el papelito, se
puso más roja que la fresa, y en dos saltos
se plantó en la Casa-Administración.

Pero, abreviemos... ¿eh?

Las explicaciones se convirtieron inmediatamente en gravísimos insultos, y Edelmira intentó ¡pobrecilla! arañar á *La Contadora*.

Cogió ésta por una muñeca á la infeliz, le dió torniquete, la obligó luego á humillar y, sujetándole la cabeza entre las piernas, como en un cepo, le administró media docena de soberanos azotes.

A los gritos, sólo don Basilio acudió; la servidumbre, bañándose en agua de rosas, parecía haber emigrado.

A Yerbabuena, contra lo que el cura aguardaba, no le sorprendió mucho el relato de aquel escándalo mayúsculo; lo escuchó con gran calma, y luego dijo:

—Pues, señor; parece, mi querido don Basilio, que todos los de casa y los de afuera se proponen aguar-me la fiesta; pero ¡ca!... ¡Tengo yo un paraguas muy capaz!! Y esta noche, Dios sobre todo, después de bendecir usted la mesa, cenaremos en familia en el comedor de la Torre, brindando con Montilla del más añejo, por el renacimiento de la Casa del

Conde de Xirel, por su salud, y por la nuestra.

—Y ahora...

—Usted, mi buen padre, á procurar la paz y la reconciliación entre esas cristianas princesas... Yo... á disponer el banquete.





XXI

Yerbabuena llega á la meta

Por las ventanas, abiertas de par en par, se colaban atropellándose, el airecillo tibio y perfumado de la vega y los rumores alegrísimos del pueblo, que seguía celebrando la Ascensión, con bailes y serenatas.

La mujer del aperador, discípula aventajadísima del Montañó, que casi siempre acompañaba á Xirel, durante sus estancias en la Torre, había preparado una cena digna, no digo de Baltasar, sino de los tres Reyes Magos.

Entre otros vinos de respetable abolengo, se sirvió un Montilla capaz de hacer, por su espejo, nariz y finura, que un individuo de buena vista y sano juicio, confunda el cielo de Londres, en Diciembre, con el cielo de Málaga.

El Cura, con la sencillez característica del verdadero mérito, relató heroicas bondades.

Y salvando todos los respetos debidos á las señoras, con mucha gracia y no menos originalidad, contó Ambrosio media docena de sazonados chascarrillos.

Por último (ó en primer término), el noticiaón del renacimiento económico del Conde, era, ó debía de ser para toda aquella gente, menos para Edelmira, motivo de extraordinario regocijo.

Y con ser así, los comensales de Yerbabuena estaban desganaados.

Las historias referidas por el párroco,

se escucharon en silencio, como un eco lejano, en medio de la distracción general, y los chistes del veterinario, se celebraron con risas forzadas. Él mismo parecía inquieto, sobresaltándose por cualquier rumor procedente de la calle.

Doña Tránsito y Edelmira, reconciliadas, gracias á los ruegos y exhortaciones del buen cura de almas, se miraban recelosas, como en el circo dos gallos ingleses, cuya pelea interrumpida va á comenzar de nuevo.

En fin, que por nada, ni por nadie se rasgaba el velo de tristeza, que cubría aquel cuadro de familia, y los cuatro convidados anhelaban que terminase pronto la cena, semejante á un duelo.

Apurado el café y las copas de licor, las damas, viendo el cielo abierto, se levantaron de la mesa.

Entonces don Basilio, como era de rúbrica, se ofreció á *La Contadora*, para acompañarla, y Edelmira, que tenía una cita con Bandolina, en la ventana, pretextando jaqueca, dijo que se retiraba á sus habitaciones.

También Ambrosio urdía ya una excu

sa para desfilas... cuando se escuchó la alegre música de una parranda que se acercaba tocando *el amarillo*, muy en boga por aquel entonces.

La copla cayó en medio del comedor de la Torre, como cartucho de dinamita.

Esta era la letra:

«No te canses, Yerbabuena,
En trabajar la elección...

Amarillo, sí;

Amarillo, no;

Amarillo y verde

Lo pinto yo.

Que no tienes simpatías,

Ni dinero, ni valor...

Amarillo, sí... etc.

.

Al segundo verso, el veterinario fué acometido del más violento y pertinaz golpe de tos; pero el vozarrón del cantante era capaz de sobresalir por encima de una silba de plaza de toros.

—¡Infelices!.. ¡Desagradecidos, burros de reata! exclamó don Basilio en tono de profunda amargura, mientras que Edelmira echaba á andar, sin decir una palabra y con la cabeza baja.

Doña Tránsito, en cambio, la alzó súbitamente y con infinita arrogancia, para mirar, ¿qué digo?.. para escupir con los ojos á Yerbabuena.

Pero él, sonriendo como siempre, sostuvo aquella mirada, comparable á un latigazo, y alargó la mano á *La Contadora*, en señal de despedida.

Hombres y mujeres habían cruzado ya el patio del molino aceitero, que separa la Casa-Administración, de la Torre, propiamente dicha, precedidos de Manano, que alumbraba con un farol.

Yerbabuena, muy pensativo, paseaba del comedor, aún encendido, á la antesala, aguardando á que volviese el criado, para darle algunas órdenes.

La parranda se dejó oír de nuevo, en dirección contraria á la que antes había traído ó llevado.

Entonces, como fraile ó colegial, cuyo tranquilo sueño interrumpe bruscamente la campana de la casa llamándole al deber cotidiano, don Enrique, después de desperezarse, murmuró con tanta tranquilidad como firmeza:

— Vamos allá.

Y mientras tanto, sacaba del bolsillo una gran llave. Luego, derramó la vista por la antesala. En un rincón, metidos en elegante cilindro de loza blanca, adornado con las armas de Xirel, en azul celeste, se veían como hasta una docena de recios bastones de campo. El Procurador eligió un magnífico roten, con puño y contera de hierro, arma poderosa, á la que el padre del conde llamaba «mi poder ejecutivo,» y salió al patio, sin sombrero.

Allí apresuró el paso, hasta abrir un postigo del ancho portón. El mismo por el que, cinco meses antes, había salido doña Tránsito, para socorrer á los forasteros.

Manano volvía apresuradamente sobre sus pasos: la música se dejaba oír ya muy cerca: el Procurador se echó á la calle cerrando con llave el postigo, para cortarse la retirada y evitar que viniesen en su ayuda por aquel lado.

Ya era tiempo: el cantante de la otra vez puso el grito en el campanario con esta nueva injuria:

La señora Contadora
No se lava con jabón,
Amarillo, sí;
Amarillo, no ..

.

No ha llegado á saberse con qué se lavaba doña Tránsito, según el coplero; porque se le atravesó en el gaznate, al venir á tierra como mies segada.

El palo, que fué de los de ciego airado, le alcanzó en la *olla*, haciéndole tortilla la tapadera... un sombrero hongo, de los duros, con poco pelo y mucha pringue. La guitarra con que se acompañaba enmudeció primeramente, y después, parecía quejarse al ir rodando por el suelo.

Apenas si le dió tiempo á un segundo mocito de la parranda, que punteaba la bandurria, para descolgársela del cuello, cuando de otro estacazo, la hizo astillas el Procurador.

El dueño del instrumento, que lo tenía cogido por el clavijero, después de echar un terno, disparó con todas sus fuerzas el mástil contra el enemigo.

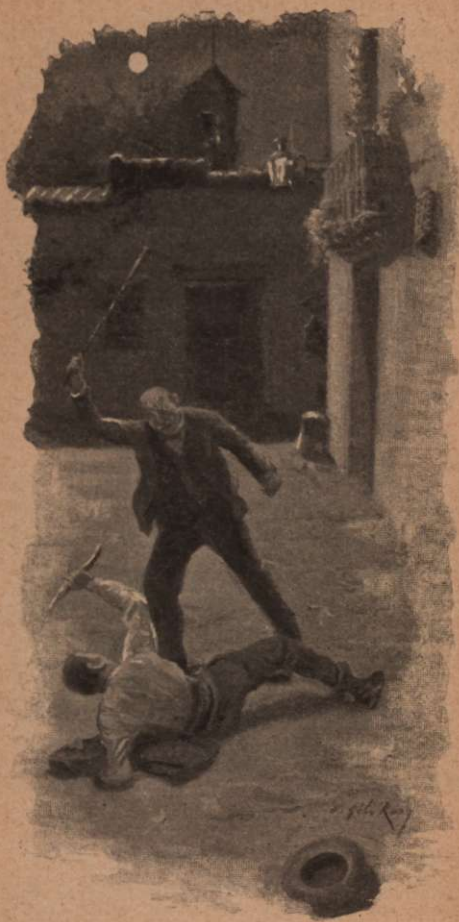
Hurtó el cuerpo Yerbabuena con presteza, evitando el golpe, y el músico, al verse desarmado por completo, en dos saltos se puso en la acera de enfrente, á ver venir.

Entonces su compañero, el de la guitarra, se levantó del suelo tambaleándose, como si estuviera borracho, la recuperó y fué á reunirse con el otro: lo que significaba, que aquellos *puntos* se disponían á jugar aún la última carta.

Y fué el caso, que, como brotado de la tierra, un tercer sujeto, navaja en mano, se vino encima de don Enrique, con las de Caín.

Hallábase aquél, á la sazón, en medio de la calle, y mucho más cerca de su domicilio, que de la Torre, de espaldas á una calleja, que forman los entrantes y salientes de la Casa-Administración, los corrales de la labor y el patio de la iglesia.

Nuestro héroe, sin perder un momento la serenidad, de que le hemos visto dar tantas pruebas, comenzó á retroceder, siempre en guardia: es decir, con el brazo derecho armado del roten, extendido hacia adelante, formando ángulo agudo con



el cuerpo: de forma, que la contera mirase ordinariamente al suelo.

Intentaba, como se deja adivinar, proteger las espaldas contra un muro, temiendo ser atacado por retaguardia.

El baratero, agachándose, con la chaqueta colgada en el antebrazo, y éste avanzado, á modo de escudo, casi á la altura de los ojos, daba saltos de gato montés, á derecha y á izquierda de Yerbabuena, tirándole viajes, pero sin conseguir colarse para mojar.

También éste llevaba ya dadas media docena de palos á la atmósfera, sin lograr que ninguno alcanzara al guapo, cuando á la fortuna, disfrazada de troncho, se le antojó socorrer á mi protagonista, haciendo que resbalase el matón, hasta caer de rodillas á sus plantas.

Instantáneamente se representó á lo vivo el grupo de San Miguel y el diablo.

Y dijo el arcángel á su peana, casi con dulzura:

— No te rompo la crisma, por no ensuciar el bastón. Cierra la navaja, dámela y véte.

El guapo, que veía el terrible roten

suspendido sobre su cabeza, no aguardó á que le repitiesen la intimación: hizo entrega de la herramienta, y reuniéndose con los músicos, desaparecieron los tres, como por encanto.

Eran los mismos que por la tarde habían representado con tan poco éxito la farsa del tiro de aviones, con el sano propósito de que Pispá estrellase al jinete.

Dueño ya del campo Yerbabuena, derramó una mirada triunfante en torno suyo, como diciendo:

— «Venga otra rata, que aquí espera quien la mata.»

Entonces vió que Bandolina, saliendo de la callejuela, trataba de escurrirse pegado á la pared, y vivo como el pensamiento le atajó el paso enarbolando el garrote.

Retrocedió el Secretario del Ayuntamiento, y pudo oírse distintamente el pñoneo de un arma de fuego.

Don Enrique no se detuvo por ello, afrontando quizás una muerte segura; pero como sus días no estaban contados, Bandolina, al apretar el gatillo, se encontró de súbito preso entre los robustos brazos

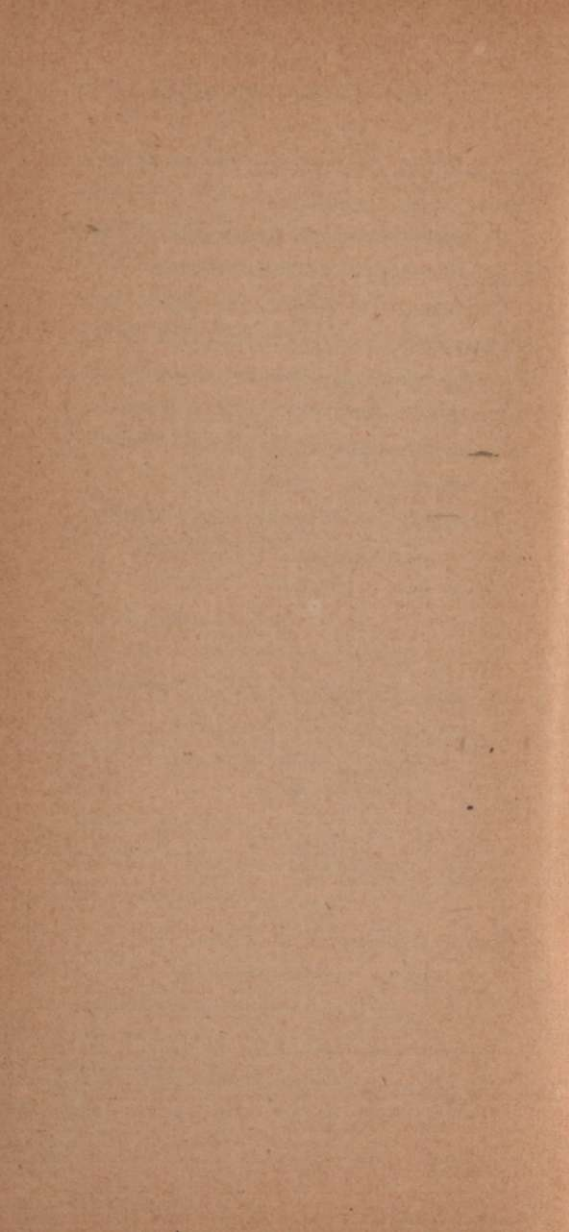
de Ambrosio, mientras el revólver se disparaba hacia el cielo.

Al séptimo se sentía transportado Yerbabuena en aquel instante mismo.

Otros brazos mórbidos, frescos, y para él, más dulces y apetecibles que la salud, la gloria y la riqueza juntas, le rodeaban el cuello; y la voz de *La Contadora*, como arrullo de tórtola en celo, murmuró á su oído:

—¡Ahora sí que soy tuya, Enrique mío... y para siempre!





Cuatro años después

Enero iba mediado y la tarde era crudísima.

A la puerta de la Casa-Administración se apeó de un calesín el escribano más famoso de la capital, preguntando por el Contador del señor Conde de Xirel.

— Su mercé no está en el pueblo: salió de madrugada á una batida de lobos.

— ¡¡De lobos... el Procurador Yerba-buena!! replicó el curial, abriendo un palmo de boca.

— De lobos, sí, señor.

— ¿Y la señorita Edelmira?

— ¡Échele un galgo! Se casó con Bandalina y se fueron á Cuba, con un empleo que le procuró el amo.

—Vaya .. pues lléveme usted á ver á la señora Contadora.

El curial, después de atravesar muchas habitaciones, encontró á doña Tránsito haciendo calceta, mientras mecía en la cuna á un chiquitín arrullándole con esta canturía:

«Duerme, Currillo,
Duérmete, mi alma:
Duérmete, lucerito
De la mañana.»



El

pan nuestro de cada día

(ARTÍCULO QUE NO SE POXE DURO)

El pan nuestro de cada día

(ARTÍCULO QUE NO SE PONE DURO)

Tengo yo un tío, por parte de madre, natural y vecino de Villafrita, pintiparado para servir de protagonista á una de esas piezas que, rebosando chiste, suelen representar en Lara.

Es mi pariente hombre que frisa en los sesenta y cuatro, sano, coloradote, con dos patillas como el ampo de la nieve, ágil, despejadísimo, erudito y muy poco tolerante con la injusticia ó el abuso. No sale jamás del pueblo, y eso que da en arrendamiento toda su hacienda rural, menos una hermosa viña que él plantó con gran esmero, para cosechar el vino que consume.

Sostiene mi tío, con muchas y buenas razones, que «en ninguna casa, cuyo dueño se estima, deben faltar biblioteca y bodega...» *Remedios del alma*, la primera, como dijo el rey egipcio Osimandias, y puso en grandes letras, sobre la puerta de la suya, (de la librería, ¿eh?),— y, salud del cuerpo, la segunda, porque en ella se guarda el *don más preciado del cielo*, según Gilbert. A lo que añade don Paco: «La biblioteca es el vasto almacén donde duermen tranquilamente las ideas de nuestros padres.» «La bodega, el campo virgen en donde hierve en germen la inspiración de nuestros hijos...» Y sigue así estableciendo comparaciones entre los estantes y los toneles. Ello es, que el hermano de mi madre (don Paco, como todos le llaman), vive feliz en Villafrita, merced, según él dice, á aquellas dos bien provistas oficinas, sin familia, y servido por un matrimonio que nació en la casa, y de ella y del señor cuidan.

Mi tío aborrece la política militante, en cuyo espigado campo cosechó los únicos desengaños de su vida, ya que desde muy joven se encontró sin familia, y no trató

jamás, por otra parte, de llenar este vacío con el matrimonio.

Don Paco no visita á nadie en el pueblo; pero recibe á todo el que va á verle; rehuye que le cuenten chismes de localidad; se defiende, como gato panzá arriba, de pertenecer al Ayuntamiento, y no hojea, en clase de publicaciones periódicas, más que la *Gaceta* y alguna que otra ilustración española ó extranjera.

En fin, mi pariente *tiene cosas*, y todos allá le quieren bien, otorgándole esa especie de protectora condescendencia con que el vulgo suele premiar ciertos méritos, que no comprende. Diariamente recibo un gran paquete de cartas, firmadas por las personas de más suposición en el pueblo, interesándose por la salud de mi querido enfermo.

El pobre don Paco atrapó una pulmonía de P. P. y W.

Muchos años hace, que acariciaba yo el deseo de que viniese á Madrid una temporadita, y por fin lo conseguí. ¡Nunca lo hubiera intentado!

Mi tío llegó tal día como hoy, á las siete de la mañana y á las doce y media

de la noche se metió entre sábanas, para no volverse á levantar quizás. El buen señor no había estado nunca en la corte, si bien conoce á fondo, por los libros, la historia de la Villa y sus pocos monumentos; y, por mis cartas, la vida que aquí hacemos chicos y grandes.

Al bajar del vagón, para arrojarse en mis brazos, tropezó don Paco con un chicuelo que corría voceando *El Imparcial*, y dió en tierra con la maleta y un cesto de huevos de sus famosas gallinas, que me traía de regalo.

Había olvidado decir, que es inteligentísimo en avicultura.

— La verdad es, exclamó levantándose con presteza y algo mohino, que no entro en Madrid con buen pie... ¡ya tropecé con la política! vamos á tu casa; me asearé un poco, y comenzaremos á aprovechar el día. ¿Dónde hay *simones*, como vosotros decís? No me gusta ir en *ómnibus*. — Allí veo uno. — ¡Eh... cochero! — ¡Hombre! ¿También ese zanguango atiende más al periódico que á su negocio?

El auriga estaba encantado, al parecer, con la lectura de *El País*.

— Á la calle de la Independencia, n.º 1.
El cochero dobló el papel con mucha cachaza y arreó de mala gana.

Cuando mi señor pariente hizo sus abluciones, cambió de trãje, y se desayunó como acostumbra, con una taza de café con leche, me dijo:

— Oye, Juan, aunque yo me afeito siempre solo, como tú sabes, porque no me gusta que nadie me sobe la cara, hoy has de llevarme á la peluquería: es preciso conocerlo todo.

— Vamos allá.

— ¿Qué va á ser caballero?

— Afeitarme.

Reclinó don Paco la venerable cabeza en el respaldo del sillón, y el mancebo, después de ponerle un paño al cuello, á manera de babero, comenzó á jabonarle la barba, que muy pronto se confundió con las patillas.

Luego, se puso á suavizar la navaja en la correa y, mientras tanto, reanudó la discusión que tenía emprendida con un parroquiano que se rizaba el pelo, ó se lo rizaban en el tocador inmediato.

El barbero, á cada tajo, interrumpía su

tarea, y con una mano en la cara de mi tío para estirarle la piel, se volvía de medio lado, accionando con la navaja al aire como si de este modo reforzase sus argumentos.

El mancebo y el parroquiano comenzaban ya á dar grandes voces, cuando mi tío, con sólo medio lado afeitado, se puso en pie de pronto; se arrancó el paño de un tirón; se enjugó la espuma; sacó una peseta, que dejó sobre el mármol del tocador, y encarándose con el barbero:

— Usted perdone, le dijo: soy nuevo en la corte, y, sin duda, tomé el Congreso por peluquería y á usted por barbero. Bese á usted la mano, señor Diputado.

— ¡Pero tío!... por María Santísima, esta ha sido una salida de sainete, le dije ya en la calle.

— ¡Qué quieres!... Aunque he leído la sabia máxima del P. Coloma, que dice: «Muy superior á la caridad, que consiste en dar, es la que consiste en soportar las humanas flaquezas,» pienso que no ganaré la gloria, ejercitando aquella virtud en semejante forma. Puede que ese rapabarbasa sea un Bismark en canuto; pero en

punto á afeitar, que es lo que debía saber en primer término, está aún en el silabario: ¡pensé que me dejaba sin un cañón!

—Dime, esa de enfrente es la antigua *Casa de Correos*, hoy *Ministerio de la Gobernación*, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues vamos allá, que quiero informarme del estado de un expediente sobre el pósito de mi pueblo: es encargo especial de nuestro alcalde.

—¿S. E. el señor Director de Administración local?

—Está en el Congreso, respondió con malos modos y sin levantarse de la silla el portero, que leía *El Liberal* junto á un *choubersky* al rojo cereza.

Mi tío, que se había descubierto al entrar en la portería, se puso el sombrero de golpe.

—¿Y el señor jefe de la sección de...?

—No hay... Fué nombrado gobernador de Burgos.

—¿Y el jefe del negociado de pósitos?

—En la redacción estará... ¿No sabe usted que es director de *El Centinela administrativo*?

—No, señor, ni me importa: lo que voy aprendiendo es, que usted no tiene crianza y...

—¡Caballero!

—Pocas palabras... Yo represento...

El portero se puso en pie de un brinco. Comprendí, en seguida, que tomaba á mi pariente por diputado de la mayoría.

—Ustá disimule... ¿Podría saber lo que desea?

—Averiguar el estado en que se encuentra un expediente relativo al pósito de Villafrita, pueblo de...

—Sí, señor... ya comprendo: sírvase ustá venir conmigo *junto* á Rapila, que él le pondrá al corriente... Lleva el negociado en la punta de los dedos.

En efecto, el señor Rapila, empleado de menos sueldo que el portero, dió á mi tío cuantas noticias podía apetecer.

El expediente *estaba á la firma*, hacía un mes, ¡pero vaya usted á *cogerla* á los jefes en aquellos días de grandes campañas parlamentarias!

Don Paco sintió desde el primer momento muchas simpatías por aquel modesto funcionario, tan inteligente como amable.

La oficina tenía seis mesas, sin contar la del Director de *El Centinela*; acababa de dar la una, y el único puesto ocupado era el de Rapila, quien, para responder á mi tío, no necesitó consultar el registro de la dependencia.

Don Paco, sacando un magnífico veguero, lo ofreció al covachuelista.

—Mil gracias, no fumo; es demasiado lujo para mí, que tengo mujer, siete hijos y 5,000 reales con descuento.

—¿Y cuántos años de servicios?

—Quince... con treinta y dos cesantías...

—«De la Subsecretaría,» dijo el portero de marras, dando un pliego á Rapila, que se puso más amarillo que níspero del Japón, maduro.

—¿Usted me permite?... ¡¡Mentía, señor de...!!

—Francisco Miralles, servidor de usted.

—Pues bien, señor Miralles..., las cesantías son, con ésta, tantas como los años de Cristo. ¡El señor Subsecretario acaba de dejarme á pedir limosna con mis pobres hijos!

Y el infeliz de Rapila cayó en el sillón, desfallecido, estrujando el maldito oficio.

Se había hecho tarde y propuse á mi tío, al salir del Ministerio, que fuésemos á almorzar en el Hotel Inglés.

Don Paco quería comer ostras, marisco desconocido en Villafrita.

— Se han concluído, — dijo el mozo; — las consumieron todas en el almuerzo que acaba de dar el diputado electo por Zampaltaifa al Subsecretario de Gobernación y á otros políticos de *los que mandan*, que acaban de marcharse al Congreso.

— Se me han quitado las ganas de almorzar; pide tú lo que quieras, — exclamó mi tío. — No haría más Felipe II que *ese político* acaba de hacer con el desdichado Rapila. Mientras que éste irá ahora probablemente camino del viaducto de la calle de Segovia, el señor Subsecretario digiere las ostras, recostado en un escaño del *Depósito de Sanguijuelas* del país.

— Vamos á paseo, necesito respirar el aire libre.

— ¿Ese es el palacio de la marquesa del Aljibe?

— El mismo.

— Aguarda un poco, voy á entrar un momento á saludar á la señora; ya tú sa-

bes, que medio Villafrita es suyo...; y que, cuando visitó sus estados, tuvo conmigo grandes atenciones.

— ¿La señora marquesa?

— No está en casa; la señora asiste ahora todas las tardes á la tribuna diplomática del Congreso.

— Está bien: hágame usted el favor de entregarle esta tarjeta.

— Sigamos al Retiro.

— ¡Hombre, tiene gracia! El contribuyente paga los carruajes de los ministros para que paseen á las niñeras y á la prole de SS. EE. ¡La Guardia civil se pasa la tarde saludando amas de cría!

« ¿y para ver tal situación,
se armó la gran revolución? »

como cantan en una zarzuela bufa.

Después de comer, dimos con nuestros cuerpos á primera hora, en Martín. Representaban una revista política intitulada «Padrino te dé Dios, hijo é *irregularizar* poco te importe.»

Mas tarde fuímos al Ateneo.

La sección de Literatura celebraba sesión. Los oradores comenzaron á dis-



cutir sobre Calderón de la Barca, concluyendo por disputar sobre Moret y Pidal.

Quisimos luego tomar un helado en *El Suizo*, y también allí se hablaba, en varias mesas, de Sagasta, Cánovas y Ruiz Zorrilla, á grito pelado. Como en todas partes, más que los hechos, se discutían las personas, poniéndolas como la alfombra del *Salón de Conferencias*, en el Congreso.

Mi pobre tío estaba furioso y creo que hasta sudaba, cuando llegábamos á la puerta de casa.

Yo me desgañitaba llamando al sereno, y *la autoridad nocturna* no parecía por ninguna parte. De pronto se levantó el airecillo asesino del Guadarrama; don Paco tuvo que abrocharse el gabán y subirse el cuello. Por fin vimos salir á Pepe, con chuzo y farol, de la taberna inmediata, seguido de una bulliciosa turba de borrachos y dos ó tres individuos de Orden Público, que trataban de ponerlo entre aquella gente. En la tasca se había armado una bronca regular entre el tabernero, alcalde de barrio, que defendía al

gobierno, y los parroquianos que representaban la oposición en semejante parlamento.

Mi tío, con aire muy triste y dando diente con diente, murmuraba al subir la escalera:

— Según don Antonio Cánovas la lengua *es el alma exteriorizada*; sí, y *el alma* de toda esa ciencia, que, en general, persigue en España el vil garbanzo, burlándose en el fondo de otros *principios* más sólidos... es la *lengua*, verdadera palanca de Arquímedes de los tiempos presentes. ¡ Hay algo « más repugnante que una salsa vista al sol, » como dijo *Savartín*: ese algo, querido sobrino, es *Madrid político*!

Aquí acometió á mi tío un golpe de tos seca y cavernosa.

— Me parece que la cogí... Vine á la corte para verte y, por la maldita política, me va á costar caro el viaje. Llama á tu médico en seguida, me siento muy mal.

— ¿Quiere usted los periódicos *de por la noche*? — dijo la criada al abrir la puerta del cuarto.

— ¡No, hija mía! guárdalos; estoy ya satisfecho de *el pan nuestro...* (es decir, vuestro...) *de cada día*, que ya me lo dieron hoy en bollos, en tortas y en hogazas de á quintal.



Índice

EL PROCURADOR YERBABUENA.

I.— Sinfonía.	11
II.— ¿Se jiso daño su mersé?. . .	17
III.— La Contadora entra en danza.	21
IV.— La Contadora y el Contador.	29
V.— ¡Tienen ojos y no ven! . . .	35
VI.— El Procurador Yerbabuena re- tratado por su sobrina.	41
VII — Julín.	55
VIII.— Donde se justifica el título del anterior.	67
IX.— Yerbabuena deja de sonreir un instante.. . . .	73
X.— Se enuncia el problema. . .	79
XI.— Don Basilio.	87
XII.— De crisálida á mariposa. . .	91
XIII.— Don Enrique y doña Tránsito comienzan á ajustar cuen- tas.. . . .	97

XIV.— La madeja se enreda. . . .	103
XV.— La madeja se convierte en maraña.	109
XVI.— Don Basilio es nombrado em- bajador.	117
XVII.— Don Basilio devana. . . .	125
XVIII.— El ovillo.	133
XIX.— Carrera de baqueta. . . .	141
XX.— Fresas despachurradas. . . .	149
XXI.— Yerbabuena llega á la meta .	155
Cuatro años después.	169

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA. . .	173
---------------------------------	-----



ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRÁFICO
DE ESPASA Y COMPAÑÍA,
EL 5 DE JULIO
DE 1897







